

LIBRERIA
S. J. M.
DAD AUT
CIÓN GEN

E
VALDEMAT

PQ6536

.M6

V35

1816

v.2

c.1

LORENZO ANTONIO DE MELO.



1080043169





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E#6 le#43



A. del. del. E. del. a.

¿Es ois Andrónico? ¿aquel mismo Andrónico, a quien mi padre amaba tanto?

110802



EL
VALDEMARO

POR
EL P. FR. VICENTE
MARTINEZ COLOMER.

TOMO II.

CUARTA EDICION.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

EN VALENCIA
POR JOSÉ FERRER DE ORGA,
AÑO 1816.

PA 2536

M 6.1.11

V. 35



LIBRO VI.

Todos los que estaban escuchando, quedaron sorprendidos de admiración. Sus corazones se enternecieron, y se sintieron íntimamente penetrados de una respetuosa sumisión hacia Valdemaro y Ulrica-Leonor: sumisión que procuraron manifestar con bien espresivas demostraciones. Inmediatamente comenzó Valdemaro su his-

PA 2536

M 6.1.11

V. 35



LIBRO VI.

Todos los que estaban escuchando, quedaron sorprendidos de admiración. Sus corazones se enternecieron, y se sintieron íntimamente penetrados de una respetuosa sumisión hacia Valdemaro y Ulrica-Leonor: sumisión que procuraron manifestar con bien espresivas demostraciones. Inmediatamente comenzó Valdemaro su his-

toria. Contó la muerte que envuelta en veneno le dió á su padre, entre las delicias de un convite, el mayordomo cohechado por Cristerno; la enorme maldad de poner preso secretamente al hermano, para atribuirle el infame crimen del parricidio; los desórdenes sucedidos en el pueblo; el destierro de Andrónico y de otros zelosos ministros; los trabajos que padeció en la cárcel; el modo con que su hermana le puso en libertad; el naufragio que padeció; el arribo á

la primera isla; y cómo fué acogido en el mismo navío. Sucesivamente contó lo que le acaeció en la quinta de Gésner, el modo con que llegó á la isla donde estaba Andrónico, las maravillas que le refirió de Alberto, la partida de la isla á causa de sus predicciones, y quanto le aconteció hasta que fué recogido en el navío.

Despues que Ulrica-Leonor enjugó las lágrimas, que le hicieron derramar los sucesos de su hermano, dió principio á su historia en esta forma. No tar-

dó á saber Cristero la libertad de Valdemaro ; y rezelando que Regnan y otros caballeros de superior nota habian cooperado á ella , los condenó á la misma cárcel que sufrió Valdemaro. ¿ Que fortuna podia caberme , cuando era yo la principal autora de su libertad ? Sujeta al capricho feroz de un infame parricida , viéndole burlarse de mis suspiros , y maldecir las lágrimas que me arrancaban la muerte de mi padre y la desgracia de mi hermano , ¿ como podia esperar otra co-

sa que martirios y tormentos ?

Llegó á tal extremo la indignacion de Cristero , que me ví forzada á dejar el palacio. Ordené secretamente , que se aderezase una nave para que me condujera á la Suecia , adonde , como sabeis , habia enviado á mi hermano. Embarquéme con felicidad , entre el silencio y tinieblas de la noche. Mis deseos no podian prometerse navegacion mas tranquila , que la que nos concedia el cielo. No me cansaba de darle gracias,

porque me habia dado lugar, para apartarme de un hermano que se alimentaba de crueldades y delitos, y que prontamente habria bañado sus feroces manos en mi sangre. Pero ; triste de mí! Cristerno supo inmediatamente mi huida, y rabiando de furor, despachó al siguiente dia una nave con órdenes dirigidas al comandante de mi navío, para que al recibo de ellas tomase la vuelta para Copenhague.

Una breve detencion que hicimos, para dar algunos reparos á nuestro

navío, dió lugar á que nos alcanzase el enviado por Cristerno. Comandábase Brunswick, hombre adulator que, cooperando vilmente en las maldades de mi hermano, se habia sabido ganar su afecto; y solícito en hallar nuevos modos con que agradarle, venia resuelto á poner en práctica su violenta providencia, pareciéndole, que de cualquier suerte que lograrse conducirme á Copenhague, se grangearia nuevas recomendaciones para su prianza.

Publicó inmediatamente la orden que llevaba, y el capitán de mi navío, después de haber consultado conmigo, y sondeado los ánimos de su gente, respondió con intrepidez, que de ninguna manera torcería su destino, y que todos los suyos estaban resueltos á ofrecer sus vidas al rigor de las espadas, ántes que abandonar á Ulrica-Leonor á la furia de su hermano.

Esta respuesta llenó de temor y confusión á Brunswick, y sin resolver, se volvió á su navío á to-

mar consejo. Los de nuestra nave quedaron con cuidado, para observar los movimientos de los contrarios, y cuando esperábamos señal para el combate, notamos que la discordia se habia apoderado ya de los ánimos de todos ellos. Desde el borde de nuestra nave estábamos mirando el sangriento destrozo que hacia la muerte. ¡Que horror! Por huir del furor de las espadas, cuyos violentos golpes oíamos no sin dolor, se arrojaban al agua muchos de los combatientes. ¡Cuantos cuer-

pos truncos vimos caer precipitadamente en el mar! ; cuantos cubiertos de sangre iban vanamente luchando con las olas! Yo misma ví á un jóven bizarro, atravesar con su espada el pecho de Brunswick.

Muerto este, se cubrió el navío de un pavoroso silencio; solamente se percibian agudos gritos y lastimosos ayes. Abordamos á él, y vimos los funestos estragos de la revolución. Toda la cubierta estaba llena de heridos; unos partida la cabeza, y caida la mitad sobre el

pecho: otros se revolcaban desesperados, forcejando inútilmente por arrancarse la espada que todavía tenían atravesada: cual estaba vomitando sangre por narices y boca, y cual tenía cortados los brazos inhumanamente. ¡Ay de mí mi corazón desfallecia con tan sangriento espectáculo; y la memoria de Cristerno que lo habia ocasionado, me llenaba de indignacion.

Entre los pocos que habian quedado exentos de los golpes de las espadas, era uno el jóven que mató al capitán. Llamábase



Federico , y doblando la rodilla , me dijo con gentil desembarazo : podeis , señora , seguir vuestro destino con seguridad. Ya no existe ese enemigo de vuestro descanso , ni ninguno de los infames aduladores que le seguian. Yo fuí el primero que me opuse abiertamente á la resolucion que queria tomar , de combatir con vuestro navío , para poder llevaros , con vida ó sin ella , á la presencia de vuestro hermano. Los que se preciaban de nobles y de leales , desenvaynaron al ins-

tante la espada para defender vuertra causa y la mia : los contrarios , infame y cobarde chusma de aduladores , empuñaron tambien la suya , para defender á su capitan ; y ved ahí como se trabó el choque , cuyas funestas resultas estais mirando. Estas pocas reliquias que ha perdonado el furor de las espadas , están prontas para egecutar quanto dispusiereis , y no dudarán ofrecerse al fuego ni al hierro por salvar vuestra vida.

Agradóme el ayre y el desembarazo del mancebo,

y agradecida á su generosa accion , mandé que limpiasen el navío , y que se dispusiesen para acompañarme. Repartida la gente en los dos navíos , y habiendo mandado á Federico que se pasara al mio, nos hicimos á la vela contentos y satisfechos de la victoria ; pero ¡ay de mí, que fué muy funesta para todos! parece que desde entonces se conjuró el cielo contra nosotros. Una furiosa borrasca transportó la nave que nos acompañaba adonde no la vimos jamas ; y la que condu-

cia á esta desdichada , anduvo dos dias abandonada al viento y á las olas. ¡ Cuantas veces nos vimos á pique de anegarnos ! Toda la industria de los marineros no fué bastante, para resistir á la violencia de la tempestad ; y se rindiéron finalmente, faltos de fuerzas y de esperanzas de salvarse.

¡ Justos cielos ! decía yo. ¿ Que delito ha cometido contra vosotros esta infeliz , para que así la lleveis errante por estos borrascosos mares ? El pérfido Cristerno ha de estar

anegado en las delicias y placeres en su palacio, y esta desventurada, que no tiene mas culpa, que haber sido compasiva con su hermano Valdemaro, ¿ha de ser tan tenazmente perseguida?

¡Infelice de mí! estas voces parece que no salieron de mi pecho, sino para irritar mas la cólera de los cielos. Apenas acabé de proferirlas, cuando un furioso uracan arrebató la nave, y la estrelló contra unas rocas. Hubiera yo perecido irremediabilmente, si Federico

que pudo asirse de una tabla, no me hubiera socorrido; pero á pesar de esta fortuna, yo no sentia en mi corazon ninguna esperanza de salvarme. La borrasca, léjos de serenarse, se enfurecia; y en vez de acercarnos á tierra, nos engolfábamos mas. En vano procuraba Federico infundirme alguna esperanza: yo no podia mirar sino la cruel muerte que me amenazaba.

Mas ¡ó providencia inescrutable! despues de haber sido todo aquel dia infeliz juguete de los vien-

tos y de las aguas, llegamos á las costas de Alemania. El viento soplabamas moderado, y las olas se movían con mas suavidad; comenzaron á disiparse las nubes que obscurecian el cielo; el sol iba estendiendo por el horizonte sus dorados rayos, y nosotros llegamos en fin á poner los pies sobre la enjuta arena.

Aunque fué imponderable nuestra alegría, no tardó mucho á sobrecojernos el mas amargo desconsuelo, viéndonos en un parage desierto, sin recur-

so alguno para restablecernos de la debilidad de nuestros cuerpos. Queríamos subir á lo alto de un montecillo, para ver si descubriríamos alguna choza donde abrigarnos; pero nos hallábamos sin fuerzas para egecutarlo, porque apenas podíamos dar paso sin dolor. Si Federico, mas intrépido, no hubiera tenido valor para subir, hubiéramos perecido sin remedio aquella noche; pero habiendo descubierto una llanura bastante dilatada, y poblada de algunas caserías y otras rús-

ticas habitaciones, nos encaminamos hácia ella.

Llegamos á una quinta bellamente situada, donde para suavizar con las delicias del campo las tristezas de su viudez, vivia con su familia una señora llamada Casimira. Al punto que entrábamos en una grande plaza cercada de pomposos árboles, que habia enfrente de la puerta, salia una señora, en cuyo rostro brillaban á competencia las gracias de la juventud y la hermosura. Cubríale la cabeza un pequeño sombrero de

color azul, ceñido de un rico cintillo de diamantes, y guarnecido por una parte de trémulos penachos, que ofrecian una hermosísima vista: llevaba en la mano derecha con gentil donayre un delgado palo de marfil, y en la izquierda un ramillete de esquisitas flores: circunstancias que añadian un nuevo esplendor á la elegancia de su talle. Llamábase Narcisa, y era la hija de Casimira, que en compañía de dos criadas estaba ya para salir á la ordinaria diversion del paseo.

Si os mueven, señora, á compasion, le dije, los infelices que gimen bajo el peso de una cruel fortuna, muévaos esta desdichada hija del muerto Heroldo, rey de Dinamarca: así conserve el cielo largos años vuestra gentileza. Quedó Narcisa admirada, y tomándome por la mano, me dijo enternecida: aunque no fuerais quien sois, os socorrería con la mayor complacencia: bástame veros reducida á tan infeliz situacion.

Llevónos á una hermosísima sala, donde estaba

Casimira su madre. Era una señora todavía bastante jóven, y en su rostro se descubrian aun restos de hermosura: su vestido era sencillo y modesto, de color obscuro, con que mostraba el desprecio que hacia de los vanos adornos, y cuan rigurosamente observaba las estrechas leyes de la viudez. Estaba entónces con la aguja en la mano, enseñando á bordar á una porcion de jóvenes doncellas, vasallas suyas y habitantes en las caserías comarcanas.

Aquí os traygo, madre mia, le dijo, el presente que mas lisonjea vuestro corazon. Podeis egercitar vuestra noble commiseracion en estos dos infelices, que acaban de llegar á nuestras puertas á pedir socorro; y si supierais la calidad de sus personas, aun se escitaria mas vivamente vuestra compasion. Bástame saber, ó hija, que son infelices, respondió Casimira: los infelices siempre encontrarán abrigo en mi pecho: vuestro hermano tal vez se debe hallar ahora en situacion no mé-

nos funesta. ¡Ay de mí! dulce hijo mio...

Un arroyo de amorosas lágrimas comenzó á correr entónces por los rostros de madre ó hija. Los suspiros que tiernamente despedian, no daban libre salida á las palabras, y se viéron obligadas á callar por un breve rato; pero de allí á poco nos dijo Casimira: sosegaos, hijos míos, y descansad de vuestras fatigas, que en mí hallaréis una madre que sabrá consolaros. ¿Sois hermanos por ventura? No señora, no lo somos, le

respondí. Este es un caballero, á quien soy deudora de la vida que disfruto, y yo soy la desdichada Ulrica-Leonor, hija de Heroldo, rey que fué de Dinamarca, y hermana de Cristerno que actualmente reyna. No lo dudeis; el cielo corte en este instante el hilo de mi vida, si no es verdad lo que acabais de oír.

¿Podré ponderaros los efectos que cansaron mis palabras en los delicados corazones de aquellas señoras? La compasion y el respeto andaban en ellas

á porfía, y ambas solícitas iban dando órdenes á las criadas, para que dispusiesen cuanto podia conducir á nuestro regalo. Al instante nos hicieron mudar los vestidos que llevábamos mojados; é inmediatamente nos fué preparada una sabrosa y abundante comida.

En el discurso de ella me iba preguntando Casimira con discreta sagacidad el origen de mis infortunios, y los lances que me habian acontecido en el tiempo de mi navegacion; y yo sucesivamente

le iba dando razon de todo lo que habeis oido hasta este punto. Pensaba ser yo la única, me dijo, que con mas motivo podia quejarse de su fortuna, pero ya veo mi engaño. En breve tiempo perdí un hijo á quien amaba tiernamente, y un esposo que era el único apoyo de mis cuidados; pero á lo ménos me ha conservado el cielo en mi propia casa, en donde no me falta mas que la posesion de las dos prendas que lloro. Mis criados me sirven con fidelidad, y me aman con

ternurá; y la compañía dulce de esta hija que me ha quedado, suaviza los sentimientos de la muerte del esposo, y los rigores de la pérdida del hijo. Pero vos, ó señora, sois mucho mas infeliz. Perseguida de vuestro mismo hermano, y abrumada con el peso de tantos desastres, no encontrais donde fijar el pie con seguridad, y gozar tranquilamente de la vida que os ha conservado el cielo. Mas ya podeis, señora, vivir sosegada: estad segura de que esta, desde hoy ya vues-

tra casa , os será mas agradable de lo que os ha sido vuestro palacio. Contadme por vuestra amiga , ó por vuestra criada; en lo demas podeis mandar como á señora que os hago desde ahora. Ese caballero á quien debeis la vida , como habeis dicho, quiero que me sea tambien deudor de los ofrecimientos que con toda la sinceridad de mi corazon os acabo de hacer: así conceda el cielo á mi hijo comodidad igual , en donde quiera que se halle.

No pudo aquí Casimi-

ra reprimir las lágrimas. La relacion de mis infortunios le representaba tal vez los que debia de sufrir su hijo , y esta funesta imágen la tenia sin consuelo. En el mismo dia, me dijo sollozando , que contaba mi hijo los dos años de su edad , dí á luz á Narcisa , que es esta que teneis en vuestra presencia ; pero el cielo , sea que no supe disfrutar con moderacion el placer que me causaban mis dos hijos , sea que quiso castigar alguna oculta ofensa que le hize , me privó

en breve tiempo de la compañía del esposo, y de la vista del hijo. Mi esposo fué muerto en una guerra civil que hubo en Stetin, donde nosotros residíamos entónces, y mi hijo siendo de edad de ocho años, desapareció de casa. Este fué para mí el día mas amargo. La pérdida del hijo reprodujo mas vivamente la muerte del esposo, y en aquel mismo dia parece que acababa de perder á entrambos. Ningunas diligencias fuéron bastantes para encontrar al perdido hijo, ni

tampoco fuéron suficientes las reflexiones mas serias para consolarme. Entregada continuamente al llanto y al dolor, no podia hallar momento de quietud, hasta que resolví retirarme á esta agradable porcion de tierra, donde ha quince años que habito con mas serenidad de espíritu.

Y ¿ sabréis decirnos, señora, preguntó Federico, de que modo se estravió de casa vuestro hijo? Jamas he podido saberlo, respondió enternecida: solo pude averiguar despues

de las mas vivas diligencias , que lo habian visto en compañía de otros muchachos en las riberas del Óder , donde se celebraron aquellos dias unas solemnes fiestas. ; Que ideas me renovais , señora ! dijo Federico conmovido. En esas mismas fiestas me encontre yo , siendo de la misma edad que vos decis tendria entonces vuestro hijo. ; Seria tal vez alguno de los que se embarcaron conmigo ? ; como se llamaba ? Federico , respondió Casimira. ; Cielos ! dijo él mismo : no habia en

mi compañía otro de este nombre mas que yo. ; Dios inmortal ! exclamó Casimira sobresaltada. ; Federico os llamais ? y ; estuvisteis en las fiestas del Óder ? y ; teniais ocho años no mas ? y ; os estraviasteis en compañía de otros muchachos ? ; Corazon mio ! ; que dulce inquietud es esta ? ; que débiles esperanzas !... Pero decidme , caballero : ; habeis visto desde entonces á vuestros padres ? No conocí mas que á mi madre , respondió Federico , y no la he visto ya mas desde entonces. ; Cie-

los santos! exclamó Casimira. ¿ Podré creerlo ? El tono de la voz ; las facciones del rostro , todo es de su padre. Narcisa, dulce hija mia , ven acá, sostenme... Federico , conservais una cicatriz en el pecho... ; Madre mia ! dijo Federico entónces , arrojándose á Casimira ; ¿ soy yo vuestro hijo ? ¿ sois vos mi madre ?

Ninguno pudo proferir ya otra palabra , ni yo podré tampoco pintaros tan dulce y afectuosa escena. Así lo creemos , señora, dijo el capitan : semejante

placer ni aun sabe expresarlo el mismo que lo experimenta ; pero ¿ contó despues Federico el modo con que sucedió su pérdida ? Sí , respondió Ulrica-Leonor. Acompañado de algunos muchachos de su misma edad , marchó sin licencia de su madre á ver las fiestas que se celebraban en las riberas del Óder ; pero fastidiados pronto de ver los juegos que se hacian , se separaron del concurso , y marcháron á lo largo del rio. Al cabo de un dilatado espacio encontráron

una lancha arrimada á la márgen , y viendo que por allí no habia persona alguna que pudiera divisarlos , se entraron en ella, y le cortaron la amarra que la detenia.

No tenian sus tiernos brazos bastante fuerza para manejar los remos, ni sabian el arte de marear; á cuya causa la corriente del rio se los fué llevando insensiblemente, hasta que los introdujo en el mar; y hubieran perecido, á no socorrerles una nave dinamarquesa que encontraron. Condujéronlos

á la isla de Zelandia, donde viéndose sin recurso para volver á su patria, determinaron continuar en la marinería, alistándose para servir al rey mi padre en la guerra. De esta suerte sucedió, que Federico se encontrase en la nave que mi hermano Cristerno despachó para que me apresara, y condujera á Copenhague; y sucesivamente acaeció lo que habeis oido, hasta que por particular providencia del cielo llegamos á la quinta de Casimira, madre de Federico.

¡Cuan admirablemente se deja ver la providencia en todas las cosas! dijo Andrónico en este punto. A la compasiva Casimira, parece que no le faltaba para su felicidad mas que el hallazgo de su hijo; y la providencia, por conductos escondidos á nuestros ojos, lo conduce á su misma casa, y lo coloca en su amoroso regazo. ¿Que aquella noble generosidad con que socorria á sus prógimos, no le habia de grangear las bendiciones del cielo? El cielo nunca deja de

recompensar el mérito de la virtud. Con un solo golpe de su equidad premia la commiseracion de Casimira, y alivia la afliccion de Ulrica-Leonor y de Federico, que esperaban en su providencia.

Así es á la verdad, dijo Maximino, uno de los caballeros que iban en la nave. Pero ¿por que ha de mantener Dios tanto tiempo elevados á los impíos sobre el monte de la prosperidad, y ha de permitir que los justos anden abrumados con la pesada carga de los infor-

tunios? Los buenos viendo una permission que parece injusta, son capaces de arrepentirse de su conducta, y tal vez de envidiar la suerte de los malvados. ¿Por que el perverso Cristero ha de seguir una vida brillante entre las delicias de su palacio, rodeado de guardias que le defienden, y de cortesanos que le adulan, en tanto que sus hermanos Valdemaro y Ulrica-Leonor andan arrastrando la pesada cadena de las desgracias? Esta condescendencia de Dios con

los impíos, es capaz de trastornar el ánimo de los justos, y tal vez de hacerles concebir alguna duda sobre su equidad.

Alegróse Valdemaro de que Maximino suscitara este punto, porque aunque ya lo había tratado Andrónico en otra ocasion, no había quedado bastante satisfecho, y deseaba que se explicase mas, para que no reverdecieran en su ánimo sus antiguas desesperaciones. Andrónico no se alegró ménos, viéndose en ocasion de hablar sobre un asunto, que de-

seaba dejar bien declarado para el aprovechamiento de Valdemaro y de Ulrica-Leonor ; á cuya causa dijo con amable despejo:

La misma diferencia que hay entre la vana prosperidad de los malos y la verdadera felicidad de los justos , es bastante solución á la duda que habeis propuesto. La prosperidad de los impíos es como la flor que se abre por la mañana , se marchita al mediodía , y se seca al anocheecer. Su grandeza solo sirve para deslumbrarlos; y por mas que se eleven

ahora sobre los montes de la fortuna , presto desaparecerán , como aquellas exhalaciones salidas de la tierra , que en llegando á cierta distancia , se desvanecen. Iráse despues á buscar el sitio donde existieron , se requerirá el lugar donde disfrutaron sus placeres , pero ni aun se encontrará el menor vestigio.

¿ Que fortuna es esta, para que la envidien los justos que esperan en el Señor , y tienen cifrada toda su gloria en complacerle ? Estos bien miran la

prosperidad de los impíos; pero lejos de envidiarla, la compadecen, porque conocen la rapidez de su duracion, y saben que á la manera que el diestro labrador arranca de sus campos los árboles infructuosos y podridos, arrancará Dios á los malvados del centro de sus placeres.

Mas aun cuando la prosperidad de los impíos compitiera con la duracion de los tiempos, ¿ que podria tener de comun con la sólida felicidad de los justos? Los impíos, aun

cuando corren sin tropiezo por el camino de sus deleytes, no pueden encontrar una leve porcion de aquel placer puro, que gozan los justos en medio de sus mayores aflicciones: su mordaz conciencia les corroe continuamente; y sus artificios, sus cabalas, sus enredos, son otras tantas furias domésticas que los despedazan. Una débil nube que salga á disputarle la claridad al sol, piensan que ha de resolverse en rayos para aniquilarlos; la mas ligera ráfaga que for-

me el viento, les parece un huracan furioso que ha de arrancarles la casa desde sus cimientos; al ruido mas leve se estremecen, les asusta cualquier rumor, y al mas ligero golpe se agitan y se conmueven.

Pero los justos, que solamente viven al abrigo de su Dios, nada reconocen sobre la tierra, que pueda perturbarles aquella dulce paz, cuyas delicias, mas suaves que todos los placeres, gozan sin interrupcion. Que los mares traspasen sus límites é inunden la tierra, que

las fieras habiten las casas de los hombres, que el curso de los planetas se trastorne, que el movimiento de los cielos se desordene, y que todo se desplome sobre la tierra; ellos siempre inalterables, levantan humildemente los ojos á su Dios, de quien solo dependen, y de quien únicamente esperan el consuelo. La firmeza de su corazon nunca se abate, y su alma siempre se vé colmada de dulzuras. Maquinen sus enemigos los mas perversos designios, ármenles lazos para pren-

derles, llenen de tropiezos todos los caminos para precipitarlos, el Señor que se lisonjea de guiar sus pasos, hará que caminen sin lesion sobre los mismos peligros, y los sacará indemnes de todas las asechanzas.

Valdemaro y Ulrica-Leonor, cuyas desgracias, ocasionadas por la ferocidad de Cristerno, tanto han desazonado vuestro ánimo, nos sirven de egemplar, que confirme las verdades que os acabo de decir. De la obscuridad y lobreguez de la cárcel en donde Cristerno tenia

sepultado á Valdemaro, lo sacó Dios por medio de Ulrica-Leonor; y en todos los naufragios que ha padecido, hemos visto que el Señor lo ha sacado á salvo por encima de las mismas ondas enfurecidas. Su inocencia ha salido inmaculada, por mas que procurase mancharla su hermano con la infamia del parricidio. Y para acabarnos de convencer, que el Señor se burla de los esfuerzos que hacen los malvados para esterminar al inocente, pongamos no mas la vista en Ulrica-

Leonor , cuando salió libre de las sacrílegas manos que querian ultrajarla, y de la impía chusma que intentaba prenderla, para entregarla á la furia de Cristerno.

Concluyamos de una vez : los impíos serán arruinados dentro de breve tiempo , y los justos poseerán pacíficamente aquella herencia incontaminada que Dios les reserva. No envidiemos la vana felicidad de los impíos , ni vosotros , Valdemaro y Ulrica-Leonor , tengais zelos de la caduca prosperidad

de vuestro hermano. Aunque le veais ahora exaltado sobre el trono de magestad , bien así como lo está el cedro junto á las frescas corrientes de un arroyo , presto lo veréis despojado de su lozanía. Su soberbia será humillada , y el golpe de su caída será tanto mas ruidoso , quanto fué mas violenta su elevacion. En vano se buscará despues el lugar que ocupaba , porque ni aun se encontrará el menor vestigio ; y si tal vez quiere alguno encomendar á la posteridad las

memorias de su reynado, solo será con estilo de horror, para que sirva de funesto egemplar á los ambiciosos.

Y quando el impío será estermiado despues de un breve, aunque brillante curso de vida; quando sobre sus mismas ruinas se levante el justo perseguido y humillado para vivir tranquilamente en la region eterna de la paz, ¿podrémos decir, que Dios no procede con equidad? Y ¿serán capaces los justos de envidiar la falsa felicidad de los impíos,

sabiendo la escesiva diferencia que hay entre una y otra? ¿Podrán Valdemaro y Ulrica-Leonor tener zelos de la favorable fortuna de su hermano? Valdemaro y Ulrica-Leonor piensan de otro modo, y mas bien querrán vivir abatidos en la casa de su Dios, que exaltados en los palacios de los protectivos.

Celebro vuestro discurso, amable caballero, dijo Maximino; pero sabed, que mas os he provocado para que os esforzaseis los ánimos de Valdemaro y

Ulrica-Leonor , que para que me convencierais de una verdad que creo sin disputa. Os agradecemos vuestro zelo , dijo Valdemaro , y estimamos sobre toda ponderacion el cuidado que teneis de nuestro sosiego. Pero degemos ahora , si os parece , que prosiga mi hermana su historia , que estoy impaciente por saber el fin. Estamos contentos de ello, respondieron todos ; y ayudando Ulrica-Leonor el hilo de su razonamiento , dijo:

Al cabo de cuatro dias que estaba en la quinta,

tratada con aquella generosidad que caracterizaba el bizarro corazon de Casimira , supe por un caballero que pasó casualmente para Stetin , como mi hermano Valdemaro, segun inferí de sus respuestas , estaria seguramente en Rostock , donde lo habia dejado esperando ocasion de embarcarse para la Suecia. ¡ Que cruel agitacion escitó en mi alma tan no esperada noticia ! Cuando pensaba que mi hermano estaria en Suecia, tomando las disposiciones necesarias para destronar

al pérfido Cristerno, oygo, que hecho triste juguete de la fortuna, vaga incógnito por tierras estrañas, sin arrimo alguno que le sostenga en su desgracia.

Este mismo dia quiero que sea el de mi partida, le dije prontamente á Casimira. Ya sabeis, señora, los motivos que me impelen á emprender este viage; no puedo tener sosiego hasta que encuentre á mi hermano, y no habrá dificultad que no atropelle para encontrarlo. Pensad en que puedo seros agradecida, y dadme

permiso para marchar.

La discreta y amable Casimira, conociendo que el dilatar mi partida, seria añadir nuevos martirios á mi alma, me dió su permiso. Quería que me acompañara su hijo Federico; pero no lo pude consentir jamas, porque me parecia especie de crueldad, robárle un solo momento la prenda que acababa de encontrar, al cabo de tanto tiempo que la lloraba perdida. Sin embargo dispuso, que me acompañasen dos criados suyos de su mayor con-

fianza , cuyo favor acepté gustosa , y despues de habernos provisto de lo necesario para el viage , nos despedimos con no pocas lágrimas de ternura.

Mas no sé con que terrible ceño me mira la fortuna , que por todas partes me va preparando lazos y tropiezos. Al segundo dia de nuestro viage , nos asaltaron de improviso seis hombres de bárbaras costumbres , segun lo mostró el efecto. Intentaron despojarnos de todos los efectos que llevábamos ; y porque hallá-

ron resistencia en mis dos criados , les quitáron la vida , y á mí me amararon al tronco de un árbol inhumanamente. Mis ruegos y las lágrimas que derramaba á mares , pudieron alcanzar de los justos cielos , que aquellos malvados no ultrajasen mi honestidad.

Dejaronme amarrada , partiéronse contentos con la presa , y yo quedé dando voces al viento , porque nadie acudia á socorrerme , ni en todo aquel vasto desierto descubria cosa que pudiera servirme de alivio. Pero ; triste de

mí! uno de aquellos bárbaros que ántes me habian dejado libre de todo lascivo insulto , volvió despues de largo rato , rompió mis ligaduras , y comenzó á solicitarme con halagos. ¡ Bárbaro , como no te tragó la tierra! Llévome á una casa derruida que se divisaba á lo léjos , redobló su porfia , reiteró sus sumisiones ; pero viendo bien á despecho suyo mi resistencia , trocó en amenazas sus halagos. ¡ Ay de mí! Hubiera triunfado ignominiosamente de mis esfuer-

zos , si el cielo no me socorriera por medio de Rosendo que está presente. Este caballero me arrancó de sus impuros brazos , dándole valerosamente la muerte , y despues me acompañó hasta embarcarnos. Pero cuando la tirana fortuna conspira contra nuestra quietud , ¿ quien es capaz de resistirla ? Navegábamos tranquilamente , y con toda la seguridad que puede ofrecer el inconstante mar , cuando de repente se levanta una furiosa borrasca , arrebata la nave contra unas

rocas , y la hace pedazos.
Asíme de una tabla , y
fuí arrojada de un golpe
sobre una isleta.

Absorta estuve allí la
mayor parte del dia , y
al punto que quería em-
boscarme , divisé este na-
vío que daba muestras de
pasar por frente de ella.
Cuando lo ví á poca dis-
tancia , di voces , fuéron
atendidas , y yo amorosa-
mente recogida. Dios re-
compense vuestra noble
compasion , generoso capi-
tan , así como yo se lo
pido con toda la sineeridad
de mi corazon.

Teodora
31

LIBRO VII.

En el obscuro centro del
reyno de las tinieblas hay
un palacio lóbrego y asom-
broso , donde tiene su mo-
rada el inexorable Pluton.
Está continuamente sobre
su trono de lúgubre éba-
no , infundiendo espantoso
horror con sus ojos ame-
nazadores á cuantos tienen
la desgracia de verlo. Un
horrible silencio reyna de
continuo en aquella tene-

rocas , y la hace pedazos.
Asíme de una tabla , y
fuí arrojada de un golpe
sobre una isleta.

Absorta estuve allí la
mayor parte del dia , y
al punto que quería em-
boscarme , divisé este na-
vío que daba muestras de
pasar por frente de ella.
Cuando lo ví á poca dis-
tancia , di voces , fuéron
atendidas , y yo amorosa-
mente recogida. Dios re-
compense vuestra noble
compasion , generoso capi-
tan , así como yo se lo
pido con toda la sineeridad
de mi corazon.

Teodora
31

LIBRO VII.

En el obscuro centro del
reyno de las tinieblas hay
un palacio lóbrego y asom-
broso , donde tiene su mo-
rada el inexorable Pluton.
Está continuamente sobre
su trono de lúgubre éba-
no , infundiendo espantoso
horror con sus ojos ame-
nazadores á cuantos tienen
la desgracia de verlo. Un
horrible silencio reyna de
continuo en aquella tene-

brosa estancia, y las sombras, á manera de aves nocturnas, van revoloteando por ella sin intermission. Allí fué donde la Desesperacion, bramando de corage, por ver á Valdemaro, tan léjos de seguir sus abominables máximas, como dispuesto á poner en práctica los saludables consejos de Andrónico, acudió acompañada de la rabia y del furor á quejarse de esta suerte.

¿ Es posible, poderoso rey, que sufrais tanta osadía en un jóven, tan débil como Valdemaro? Valde-

maro, ese príncipe que tantas veces ha estado ya resuelto á rendir su cerviz á mi respeto, ¿ es posible que vaya despreciando mis máximas, y oponiéndose atrevidamente á mis órdenes? Vos que lo veis y lo sabeis todo, ¿ podréis sufrirlo? Yo siempre fiel en egecutar vuestros mandatos, no he omitido diligencia alguna de cuantas me han parecido á propósito para seducirlo, y hacerle ofrecer su vida en mis aras. Despues del primer naufragio, á que le condujo vuestro hermano

Neptuno , pude conseguir que se resolviera á precipitarse en la profundidad de una sima ; pero aquel viejo fatal , aquel Andrónico que se le apareció de improviso , me lo arrebató de entre los brazos.

Aunque con este primer golpe quedé bastante aturdida , no por eso me rendí , ántes cobrando mayor esfuerzo , procuré en la siguiente noche proponerle mil géneros de muerte , para que eligiese la que le pareciera ménos terrible : pero ; triste de mí ! cuando

yo iba guiándole los pasos hácia la cumbre de un monte , para que desde allí se despeñara , apareció segunda vez mi antiguo enemigo , y le impidió una resolución que me era tan agradable. Cuan grande fué mi dolor entónces , no hay necesidad de ponderarlo , cuando vos mismo fuisteis testigo de las lágrimas que vertieron mis ojos , y de los alaridos con que hize resonar vuestro palacio.

Pero lo que mas me atormenta , es el considerar que del todo ha cerrado

ya su corazon á mis máximas , y que léjos de precipitarse hácia su perdicion , va de cada dia mas acercándose al templo de la gloria. El hallazgo de su hermana le ha infundido un valor incontrastable ; y los presagios de Alberto... ¡ Ay de mí triste ! Estoy corrida , de que un débil jóven haya prevalecido sobre la Desesperacion.

No sé qué oculta violencia tienen las palabras del viejo Andrónico , respondió Pluton , que han sido capaces de arrebatarnos

tantas veces la víctima que iba á ofrecerse en vuestras aras ; pero yo procuraré separarlo de su compañía , y meterlo en un laberinto , de donde tal vez no podrá encontrar salida. Valdemaro jamas ha experimentado los encantadores halagos de Venus , ni su corazon se ha visto herido de las violentas flechas de Cupido : yo lo desprenderé de la nave , y lo conduciré al palacio de Felisinda : podrá ser que las caricias tiernas de esta , y el dulce veneno que derramará

sobre su corazón la bella hija de mi hermano Júpiter, le detengan para siempre, y no le dejen llegar jamás á Dinamarca. Tentemos este medio, y esperemos sus resultados. — Con estas lisonjeras esperanzas se suavizó algún tanto el seño de la Desesperación, y se retiró mas consolada á su estancia.

No tardó mucho á experimentar en la nave el influjo fatal de esta consulta. Luego se sintió Valdemaro arrebatado de una alegría extravagante: sus movimientos sus pala-

bras, sus acciones todas iban acompañadas de una risa intempestiva, mas propia de un necio villano, que de un príncipe prudente. Todos se admiraron de tan improvisa mudanza, pero mucho mas que todos se maravilló Andrónico, llegando á entristecerse interiormente, por parecerle, que solo podría servir de abrirle el paso para su ruina.

Habia calmado el viento de suerte, que la nave apenas podía moverse, y Valdemaro, pareciéndole estrecho el ámbito del

buque para encerrar su desmesurada alegría, mandó arrojar el esquife al agua, para divertirse con otros caballeros jóvenes. Hicieronlo en efecto, y tomando cada uno un remo, comenzaron á romper el agua, para seguir con velocidad el rumbo que les señalaba su gusto. Iban girando alegres por una y otra parte, cuando advirtiendo en la vecina playa una multitud de gente que marchaba al compas de músicos instrumentos, se enderezaron hácia ella, provocados de la cu-

riosidad. Apenas llegaron á distancia proporcionada, dejan los remos, y se paran á ver el alegre espectáculo que se ofrecia.

Un vallado de mimbrés, fuertemente entretejidos con la madreSelva, y diferentes ramas de árboles, impedían la entrada á un espacioso circo, que se formaba en medio de la playa. Varios hermosos arcos dispuestos á proporcion, servían de apoyo á una especie de bóveda labrada de enredaderas, mirtos y otros floridos ramos, que al tiempo que

ofrecian una hermosísima vista, embarazaban el paso á los rayos del sol. Una ayrosa gradería, poblada de numeroso concurso, rodeaba el circo, en el cual se iban sucediendo varias suertes de juegos y de danzas.

No se satisfacía la curiosidad de Valdemaro ni de sus compañeros en ver de lejos tan agradable espectáculo, y queriendo disfrutarlo de cerca, impelen otra vez el esquife, déjalo encallado en la arena, y desembarcan. Apenas lo advierte el con-

curso, avisa al director de la función, y manda que se suspenda. Sale á recibirlos un anciano personaje, acompañado de alguna gente, y les dice con urbanidad: si acaso venis, ó estrangeros, á solemnizar las bodas del pastor Milon y su amable Ana, seais llegados en hora buena, que todos os recibiremos con aquel agrado que merece vuestra noble presencia. Aquí podeis egercitar sin embarazo vuestras fuerzas, ó vuestras habilidades, que en tan solemne dia, á to-

dos se permite un inocente desahogo. Nosotros, amable anciano, respondió Valdemaro, solo con el fin de solazarnos partimos de nuestro navío, que no está muy distante. Advertimos de lejos esta función alegre, y traídos de la novedad hemos venido á disfrutarla. Ya que nos haceis el honor de admitirnos tan benignamente, contribuiremos con nuestra presencia á lo ménos á festejar á los felices novios. Venid pues conmigo, generosos caballeros, respondió el viejo, y solem-

nizad nuestra fiesta de la suerte que quisiereis.

Con esto los condujo al circo, y les dió asiento junto á un hermoso pabellon, donde estaban los novios estremadamente bellos y ataviados. Apenas estuvo todo en orden otra vez, se abre de nuevo la función con una música de rústicos, pero alegres instrumentos, y al instante se presenta una tropilla de niñas bellas y agraciadas con sonajas en las manos. Ceñíanles la frente unas coronas de diferentes y hermosísimas

flores, entretegidas con tan nueva y maravillosa disposicion, que el gusto mas delicado no sabia decidir de la preferencia entre naturaleza y arte. Un finísimo y delicado cendal con graciosos pliegues les cubria hasta la cintura, de la cual pendian unas faldas de ligera tela, matizada de varios colores. Tan bizarramente aderezadas, hacen reverencia á los novios, y dan principio á la alegre danza. La graciosa agilidad de los movimientos, la invencion de las mudanzas, la mo-

desta gracia de las posturas, y el alegre compas que las regia, tenian embesado al concurso.

Mal contentos con este delicado placer los fogosos espíritus de los jóvenes, se disponen para la lucha. Dejaron grabadas sus espaldas en la arena cuantos osaron competir con Mirtilo, gallardamente robusto y arrogante. Su vigor, su agilidad, su robustez y esfuerzo le hacian invencible á todos los manebos de la comarca, y con gentil desenfado paseaba el circo muy satisfecho

de su valor. Entónces fué cuando Valdemaro, no pudiendo sufrir tanta arrogancia en un jóven que tenia esperanza de vencer, pide permiso para combatir. El director hace vanidad de concedérselo, los novios cobran nuevo gusto, y el campo se ensoberbece, viéndose ocupar de un jóven, cuya bizarra gallardía formaba las delicias de los espectadores. Enlaza sus forzudos brazos con los de Mirtilo, estrechase pecho á pecho, descubren sus dilatadas espaldas y robustos nervios,

y se mantienen inmóviles largo espacio, forcejando vigorosamente sin poder derribarse. Suspenso de un profundo silencio estaba todo el concurso, mirando el esfuerzo de los combatientes: la fuerza, el valor y la destreza que parecian iguales, no permitian saber, á favor de quien se declararia la victoria; pero cuando presumian que Valdemaro, por ser de juventud mas delicada y robustez ménos vigorosa, habia de quedar oprimido por el valor de Mirtilo, ven que levantándolo en

el ayre con esfuerzo hasta entónces nunca visto, lo derriba valerosamente, y lo deja tendido sobre la arena.

Todavía resonaban por el ayre los vítores con que aclamaban á Valdemaro, cuando se presenta un mancebo de singular habilidad, á quien todos los que osaban competirle en la esgrima, iban cediéndole la palma; pero sin embargo quiso probarlo Valdemaro, no sin esperanza de vencerle. Toma la espada, y se traba el combate. La gentil y agra-

ciada postura de Valdemaro, el ayre con que acometia y se retiraba á su tiempo, la destreza con que reparaba el golpe y hurtaba el cuerpo, el gracioso denuedo en cortar de tajo y revés, y la maestría en ofender y defenderse, hicieron dar en vago todos los golpes del contrario, y que se confesase vencido.

Para templar el violento placer que producía la vista de estos espectáculos, se substituyó otro mas dulce y agradable. Ofrécese un coro de don-

cellas, en quienes la juventud, la hermosura, la delicadeza y las gracias mas hechiceras brillaban á competencia. Su largo y undoso ropage, los cabellos anudados atras con graciosa negligencia, la corona de laurel que les enredaba las sienes, y el gentil garbo que las acompañaba, sorprendieron dulcemente los ánimos de los concurrentes. Al compas de los músicos instrumentos que tañian unas, comenzaron á cantar otras un galante epitalamio en ho-

nor de los novios; pero con aquella dulzura, con aquel mágico atractivo que roba las almas, y las arrebató en una gustosísima suspension.

Valdemaro y los caballeros que le acompañaban, embelesados en aquella agradable sucesion de divertimientos, no sabian apartarse de tan delicioso recinto. Cerraba ya la noche, y para substituir la luz del dia, iban encendiendo de trecho en trecho varias rájas de tea; mas no por esto pensaban en partirse, imaginando

que para volver al navío que habian dejado tan cerca, no era menester apresurarse. Con este pensamiento permanecieron todo el tiempo que tardó á concluirse la función.

Conclúyese ; pero he aquí que inadvertidamente se desvía cada uno por su parte entre el tumulto de la gente. Valdemaro cumplimentado por el director de las fiestas, por los novios y otros sujetos particulares que se le habian aficionado, se entretiene á conversar con ellos. Sus compañeros iban bus-

cándose ansiosos mutuamente, pero sin provecho, porque la obscuridad de la noche, la inmensidad de la playa, y el gentío innumerable que la ocupaba, hacian mas dificultoso el hallazgo. Cada uno por su parte, pensando que los demas estarian aguardándole en el parage donde habian dejado encallada la lancha, acudia ansioso ; pero como no divisaba persona alguna, se volvía otra vez á sus infructuosas diligencias.

En este tiempo se despidió Valdemaro de los no-

vios y demas personas que le habian obsequiado, y parte para embarcarse. Llego al sitio donde presumió encontrar ya prevenidos sus compañeros, recorreló todo con esquisita diligencia, llama, vocea, grita repetidas veces, pero nadie le responde, ni descubre cosa alguna. ¡Que terrible alternativa de discursos forma en tan triste situacion! Pensaba que sus compañeros le habian hecho traicion, marchando en la lancha, y dejándolo á él solo en la playa sin recurso; pero no

se atrevia á rezelar traicion alguna de caballeros de tan distinguida nobleza. Ya creia, que aquel no era el parage donde habian desembarcado, ya le parecia ser el mismo. Tendia la vista hácia la mar, y aunque no podia descubrir el navío que habia dejado, se figuraba verlo, y aun imaginaba oir el rumor de la tripulacion, y las voces de Andrónico y de su hermana.

Con este nuevo engaño, vuelve cuidadoso á reconocer la costa, y descubre la lancha fluctuan-

do sobre las olas. Esfuerza entónces el grito, llama á sus compañeros pensando que ellos la gobernaban, pero se esfuerza en vano. En tanto que estaban todos engolfados en el gusto de los juegos y de los combates, se habia levantado una brisa, que hallando el esquife flojamente encallado en la arena sin amarra alguna que lo asegurase, se lo habia llevado en la resaca. El navío con todas las velas tendidas, los marineros dormidos en la calma, y descuidada la

tripulacion, tambien iba signiendo el impulso del viento, sin que nadie lo advirtiese, y sin que la obscuridad de la noche les permitiera ver el horizonte que dejaban.

De esta suerte andaban todos burlados, y Valdemaro proseguia en dar voces, para que se acercase la lancha que nunca perdía de vista. Los ecos que le respondian, imaginaba que eran voces de sus compañeros, y engañándose á sí mismo, caminaba por la costa conforme al rumbo que lleva-

ba la lancha impelida de las olas. Así pasó la noche en continua fatiga; pero cuando al amanecer advirtió el engaño, cuando vió la lancha sola sin persona alguna que la ocupase, cuando tendiendo la vista á lo largo del mar, no pudo descubrir el navío, cuando se vió solo en aquella solitaria costa, sin abrigo, sin Andrónico, sin su hermana, y sin recurso para buscarlos, ¡que veneno mortal no derramó la tristeza sobre su alma! Recuéstase sobre una roca, inclina la ca-

beza sobre el pecho, clava los ojos en el suelo, y deja caer los desfallecidos brazos. Levanta tal cual vez los ojos al cielo, suspira con frecuencia; pero no puede verter mas que alguna lágrima, esprimida con violencia. Quiere prorumpir en quejas, pero su terrible opresion no se lo permite. Inquieto y confuso, recorre la funesta historia de sus desventuras, y reflexionando sobre los documentos de Andrónico, dice: nació para ser desgraciado... pero no; nació para ser feliz.

¿Que señal mas visible quiero de la providencia que me protege, cuando me hallo en una ocasion en que puedo egercitar mi fortaleza! Ayer que disfrutaba delicias con la compañía dulce de Andrónico y de mi hermana, adoraba la providencia: ¿por que no la he de adorar tambien hoy, cuando me veo en una situacion que no puede ofrecerme mas que horror y espanto? ¿No lo dispone todo una misma mano? ¿Acaso sé yo para que me reserva el cielo? El cielo, que despues de una

cansada serie de infortunios, me consoló con el hallazgo de Andrónico y de mi hermana, hoy me priva de este consuelo: ¿por que no puede volvermelo mañana? ¿puedo penetrar sus designios?

Así hablaba, cuando le sorprende un ruidoso estrépito. Vuelve la vista, y ve cruzar un furioso jabalí, que acosado de los perros y de los cazadores, iba á guarecerse en lo intricado de un bosque, que se descubria no muy lejos. Como una saeta que disparada del oprimido ar-

co, vuela rápidamente por la region del ayre sin dejar vestigio, así pasaron los monteros; sin embargo cobra esfuerzo Valdemaro, pareciéndole que habria por allí cerca alguna poblacion ó casa de campo donde abrigarse, y resuelve atravesar el bosque.

Apénas llega á la otra parte, no sin bastante dificultad, descubre una bella y vasta llanura, cuyos límites eran una serie de montes inaccesibles. En medio de ella se levantaba un edificio de

magnífica arquitectura, y á su contorno se descubria una multitud de caserías bellamente situadas. Dirígese á una de ellas; pero á pocos pasos encuentra una muger, que le dice con ceño desapacible: y ¿de donde os ha venido entrar en esta tierra con tanto atrevimiento? Desde una playa que se descubre á la otra parte de esos bosques, respondió Valdemaro, adonde me condujo mi fortuna varia, he venido á buscar socorro en la piedad de los que habitan esta deliciosa

morada. Pues sabed, ó extranjero, respondió la muger, que en este pais nadie puede fijar el pie sin el permiso de Felisinda, reyna y señora de todos sus habitantes. Yo os conduciré á su presencia, y ella determinará lo que se debe hacer de vos.

Con esto fué conducido á un palacio de tan grandiosa y noble arquitectura, que al primer golpe de vista quedó extraordinariamente maravillado. Luego que entró en el patio, cerrado con cuatro magníficos corrodo-

res, se aumentó su admiracion. al ver una fuente de bronce, bajo la figura de un leon en el acto de despedazar á un hombre; pero tan lleno de propiedad, de espresion y de viveza, que infundia terror al que lo miraba. Una ayrosa escalera que se partia en dos ramos, daba subida á las salas y demas piezas de aquel portentoso palacio. Á una de ellas fué llevado Valdemaro. Estaba toda primorosamente aforrada de china, y en sus paredes se veian á proporcion va-

rios rasgos de pintura, que en nueve cuadros ofrecian las nueve musas, con el mas enérgico y expresivo colorido.

Presentábase Clio bajo la figura de una hermosísima doncella, cuyas sienes ceñia una corona de verde laurel. Tenia en su mano derecha una pluma, en la siniestra un libro cerrado, y á sus pies se veían hechos heroycos y gloriosos triunfos de varones ilustres. En otro cuadro estaba Euterpe con semblante adusto y melancólico, sosteniéndose la ca-

beza con la mano izquierda, y reclinada la derecha sobre una urna sepulcral, en ademán de escribir algun fúnebre epitafio. Melpomene tenia marchitada su hermosura con las continuas lágrimas que vertia: ocupaba su mano izquierda una lámina de bronce, y en ella iba esculpiendo con un buril de acero algunos sucesos trágicos. Sobre un delicioso prado cubierto de hermosas flores, que parece acababan de romper sus tiernos cogollos, se dejaba ver Talía, grabando en el

tronco de un robusto árbol las delicias de la vida pastoril y campestre. Polimnia se mostraba bajo la figura de una hermosísima virgen, sentada en el tronco de un verde laurel. Veíase tendida en el suelo aquella divina lira, con que preserva del olvido á los mas insignes poetas: tenia en sus manos un libro abierto, en el cual algunos poetas arrodillados por el plano del cuadro, fijaban atentamente los ojos, en ademán de aprender documentos morales. Gallarda-

mente reclinada sobre una nube de oro y azul, estaba Erato. Era su hermosura delicada, y mostraba en el rostro un amoroso desmayo, que aumentaba su belleza. Embarazábale la mano izquierda una dorada lira, y la derecha el plectro arrimado á las cuerdas, con tal espresion y propiedad, que el oído engañado se paraba atento para oír la armonía que la pintura queria espresar. Sobre su cabeza, hácia el lado derecho, revoloteaba el gracioso Cupido,

que con rostro apacible y lisonjero le inspiraba los mas afectuosos sentimientos.

Terpsícore estaba tañendo una cítara, á cuyo compas baylaban muchas niñas jóvenes vestidas de blanco, en un prado cubierto de amarantos y violetas. En un cuadro, donde parece que el arte habia apurado sus primores, se ofrecia Urania. Estaba pintada la noche serena y apacible, sin que por parte alguna se descubriese el mas ligero vapor que pudiera perturbarla: los árboles infun-

dian un dulce horror con su silencio, y solo parece que se percibia el murmullo de los arroyos que se despeñaban de un montecillo. En el centro de esta soledad obscura, se divisaba Urania, profundamente divertida en la contemplacion del luminoso cielo, cuya hermosura brillaba en medio de la obscuridad. Estaba tan deliciosamente enagenada, examinando los acordes movimientos de las estrellas, que persuadia los ánimos de los que la miraban, á la contemplacion de los

astros. Calíope acomodaba en un estante varios libros, donde estaban encritas las mas insignes victorias de los mas famosos héroes, para que trascendieran hasta la posteridad mas distante.

En esta grandiosa sala habitaba Felisinda, jóven y hermosa sobre todo encarecimiento. Estaba magetsuosamente recostada sobre una silla, cubierta de finísima grana con realces de oro, leyendo con atencion profunda en un libro que contenia los amores de Endimion y de Febe;

y en torno de ella, habia muchas jóvenes doncellas ocupadas en diferentes labores. Ya estaba Valdemaro largo rato en su presencia, y aun no habia levantado los ojos á mirarlo: tan intensamente estaba divertida en su lectura. Pero poco despues cerró el libro, dejólo sobre un bufete que tenia al lado, y le dijo: ¿ que buscais por estas tierras, estrangero infeliz? ¿ como con tanto atrevimiento habeis entrado en este pais oculto, sin solicitar ántes mi permiso?

Vos llevaréis el castigo merecido á vuestra osadía, si entre ella y mi rigor no intercede la compasion.

Bien la podeis tener, señora, le respondió Valdemaro, de quien no ha pensado haceros la mas leve ofensa. Yo verdaderamente soy un jóven infeliz: la cruel desgracia me persigue por todas partes, y en ninguna me deja fijar con seguridad la débil planta. Pues ¿y por que causa, le preguntó Felisinda, andais vagando por ese mundo? ¿cual es vuestra patria? Yo, señora,

respondió Valdemaro, soy dinamarques: mi nombre es Valdemaro: nací en la isla de Zelandia: muertos mis padres, me embarqué para la Suecia; pero como la desgracia se habia empeñado en destruirme, hizo que se estrellara el navío contra unas rocas. Escapé del naufragio, y desde entónces que voy vagando, sin poder encontrar medio para restituirme á mi patria. No estoy satisfecha de esta relacion, replicó Felisinda. Necesito que me conteis vuestra historia con más indivi-

dualidad; pero ántes quiero que recobreis vuestras fuerzas, y descanséis de vuestras fatigas. Condújole una de aquellas doncellas á otra pieza mas retirada, y se cumplió lo que habia ordenado Felisinda.

Entretanto la diosa Vénus, obligada de la súplica que Pluton hizo á su padre Júpiter, despacha á su hijo Cupido, para que se insinúe en el corazon de Felisinda, y encienda en él la amorosa llama. Cupido baja al momento desde el cielo á cumplir con la comision

de su madre: introdúcese en el corazon de Felisinda, pondérale eficazmente la gallardía y hermosura de Valdemaro, y la persuade que para colmo de su felicidad, debe tomarlo por esposo. Siéntese Felisinda violentamente conmovida: el veneno que acaba de derramar sobre ella el engañoso niño, corre por sus venas, debilita sus miembros, desmáyale las fuerzas, y le abrasa el corazon. Ya suspira por la vista de Valdemaro, y sin detencion le hace volver á su pre-

sencia. Habíale dado la doncella unos vestidos de finísima lana bordados de oro, y con ellos parece que todas las gracias habían contribuido á realzar su hermosura y bizarra gentileza.

Esta bella muestra que nuevamente dió Valdemaro de sí á Felisinda, avivó la amante llama que el rapaz Cupido había encendido en su corazón; y después de haber impuestó silencio á las damas que la rodeaban, le rogó que le hiciese el gusto de referirle largamente su

historia. Hizolo Valdemaro al instante, aunque disimulando siempre su ilustre nacimiento, y callando aquellas circunstancias por las cuales se pudiera rastrear; pero supo dar tanta gracia á sus palabras, y tanta fuerza á sus espresiones, que conforme los varios pasages que referia, se le iba conmoviendo el corazón á Felisinda. Ya se le ponía pálido el rostro, ya se le sonroseaba graciosamente; á las veces se le hincharon los ojos, y tal vez derramaba algunas lágrimas.

mas de ternura. Ya veo, gracioso Valdemaro, le dijo luego que acabó de oír su historia, que la cruel fortuna se ha obstinado en perseguiros. ¡Ó, y si Felisinda pudiera atajar de un golpe la corriente de vuestras desgracias! pero descansad, que nada me quedará por hacer de cuanto juzgue á propósito para vuestro sosiego y felicidad. Ya es hora de dormir; seguid á esa dama, que ella os conducirá adonde podais hacerlo sin susto alguno. Con esto fué llevado á otra sala,

poco ménos magnífica que la primera, donde encontró un lecho ricamente preparado.

No podia tener Felisinda un instante de quietud, ni sabia que medio elegirse para reconciliar el sueño. El blando lecho le servia de tormento, la noche le parecia eterna, y en ninguna postura encontraba alivio. Su pecho era muy angustioso para encerrar tantas ansias, y su corazón no podia sosegar. ¡Que violencia es esta! decia entre sí misma. ¡Que oculta

fuerza me agita el corazon de esta manera! ; Tirano amor! ; habrá quien pueda evitar tus asechanzas? Yo me retiré á esta soledad, para pasar tranquilamente mis dias, para ser enteramente mia, para gozar una vida feliz entre las dulzuras del campo, para verme libre de tus insultos: mas ; cuan en vano!... ; Amor cruel! ; ay, y como rezelo que en mí se ha de reproducir la historia de Endimion, que leia poco hace! Semejante á este bello desamorado, he des-

preciado siempre las afectuosas ternezas de cuantos mostraban amarme allá entre el bullicio de las ciudades; pero ; ay de mí! que si le fuí semejante en desdeñar amores, tambien le seré igual en rendirme á la belleza de este extranjero, como él se rindió á la hermosura de Febe! ; Ó extranjero venido por mi mal á este retiro!

Aquí calló ; pero no por eso pudo encontrar sosiego. Las gracias de Valdemaro, que revolvía en su imaginacion, la ator-

mentaban cuando dispierta, y si tal vez podia dormir algun breve rato, no la angustiaban ménos los melancólicos sueños. Así estuvo hasta que amaneció; y levantándose impaciente, se fué á despertar á sus damas. Prevíales el modo con que habian de tratar á Valdemaro, y ella mas bien que todas, como enamorada, no sabia que hacerse para contentarlo: cada día observaba mas atentamente sus movimientos, y una mirada no mas le bastaba para adivinar sus

deseos, y satisfacerlos, aun ántes que los declarase. Íbale paseando por todas las piezas de palacio, para hacerle ostentacion de sus preciosidades; y en sus conversaciones (disimulando el terrible desfallecimiento de su corazon) dejaba caer sin violencia una dulce caricia y alguna tierna espresion de afecto. Últimamente lo condujo al jardín, para que se admirase de su bella y artificiosa disposicion.

Partiase en cuatro cuadros, y en cada uno de ellos campeaban varias fi-

guras, formadas de verdes arrayanes y olorosas flores. En el uno se veia un bosque, por entre cuyas espesuras trepaba la ninfa Dafne, huyendo del ligero cazador Apolo que la seguia. En el otro estaba ya la ninfa medio transformada en laurel, casi cubierto todo el cuerpo con las cortezas, y convirtiéndose en hojas los cabellos; y el mismo Apolo, que locamente enamorado adoraba y besaba el tronco. En el tercer cuadro estaba su hijo Orfeo en ademan de tañer

su lira de oro, y muchas fieras que lamiéndole los pies, y halagándole el rostro, espresaban la suavidad y dulzura de la música, que las amansaba y atraia. En el último se veian Pluton y Proserpina, dioses del abismo, que templado su furor, y suavizado su ceño á las dulces violencias de la lira de Orfeo, le entregaban á su muger Eurídice que tenian en su imperio. En el término donde se cruzaban las calles que dividian los cuadros, se levantaba una fuente de

mármol á manera de hidra , cuyas cabezas servian de caños , por donde se derramaba el agua. El distrito que ocupaban los cuadros , estaba circuido de diferentes géneros de árboles , cuyas ramas doblgándose con el peso de la abundancia , casi besaban el suelo. Dábanle la entrada diferentes hermosos arcos , labrados de yedra , jazmines y rosales ; y en el arco del medio , que era el mas grandioso , estaban Zéfiro y Flora , como presidentes de tan delicioso jardín. Zéfiro tenia

ceñida la cabeza con una guirnalda de flores , y Flora su esposa , ademas de una corona de lo mismo que le adornaba su frente , tenia sembrado el vestido de rosas , jazmines y otras flores , no ménos bellas que olorosas.

Os maravillaréis , le dijo , gallardo Valdemaro , de ver que por todo palacio respira el gusto de la poesía. En este recinto hermoso donde tengo mis estados , observaréis trasladado el Parnaso , que procuramos cultivar mis damas y yo. La rusticidad

y aspereza de estos montes, que á primer vista parecen inaccesibles, no han podido impedir que las aguas de Helicon corriesen hermosas y transparentes hasta esta vega. Este excesivo gusto que siempre he tenido en la poesía, me hizo abandonar el estrépito de las ciudades, para retirarme á este secreto ángulo de tierra, donde he procurado conservar tranquilamente mi vida con mis damas y con mis amados vasallos, bien léjos de los hombres que siempre he

mirado con indiferencia; pero vos... pero vos...

Aquí dió fin á sus palabras, y Valdemaro, adivinando adonde se dirigian, le respondió con sagacidad: yo, señora, tambien soy muy aficionado á la poesía, á ese bello ramo de literatura que tanto interesa y encanta á las gentes de gusto; mas como tanto tiempo hace que ando entre cárceles y destierros, no me he cuidado de sus delicias. ¡Cuantas gracias tenéis pues que dar á la fortuna, le replicó Feli-

sinda, que os ha conducido á este pais! Aquí podeis gozar libremente de cuanto fuere de vuestro agrado: mis damas y mis vasallos no tendrán otra ocupacion, que saber vuestros deseos para satisfacerlos: las musas que os fueron amigas un tiempo, vendrán á reconciliarse con vos; y libre de los sustos y desvelos que hasta ahora os han molestado, podréis gozar con sosegada paz de las delicias que os ofrecen estos parages.

Si los deseos de encontrar á mi hermana y

de restituirme á mi patria, dijo Valdemaro, no me lo impidieran, elegiria gustoso esta habitacion alegre para mi perpetua morada; pero no puedo preferir el placer de una vida pacífica y deliciosa á la obligacion de socorrer á mi hermana. Si me amais, señora, os suplico que me faciliteis los medios para partir, y dejar satisfechos estos deseos que tanto me interesan. Os amo mucho, le replicó Felisinda; y por lo mismo no me será fácil condescender á vuestra súplica. ¡Como! ¿vos partiros?

Las amantes lágrimas que corriéron improvisamente de sus ojos, le ahogaron las palabras en la boca. Retírase al momento, dejando á Valdemaro extraordinariamente admirado; y encerrada todo el día en el mas oculto retrete, iba alimentando con sus lágrimas la amante herida que el rapaz Cupido había abierto en su corazón: solamente permitió que la visitase Filena, la mas confidente de sus damas.

Entró á verla, y encontrándola sumergida en amargo llanto, le dice:

¡Que es esto, señora! ¿que angustia os atormenta? ¿que os aflige? ¡Ay Filena! le respondió Felisinda; deja que el dolor me consuma; deja... ¡Ó! si este día fuera el último... Filena, si quieres recompensar el amor que me debes, anda, ve, busca á ese estrangero que ha venido á perturbarme, y dile que marche presto de este pais... pero no, detente... ¡ay de mí! Pues que, señora, ese estrangero ¿que agravio os ha hecho? le preguntó Filena: ¿que culpa ha cometido contra vos?

¡Ay Filena! le respondió: Valdemaro no tiene mas culpa, que ser amado de Felisinda: Felisinda le ama, y él no corresponde: esta es mi pena. Quiere partirse á pesar de mis amantes solicitudes... pero ¿de que me quejo? ¿Hele declarado acaso mi pasión amante? ¿sabe que yo le adoro? pues ¿que rezelos? Estas lágrimas que aquí desperdicio, tal vez no serian infructuosas, si se derramaran en su presencia.

Señora, le replicó Filena, ¿así presumis abatir vuestra hermosura, y

abandonar la adoracion que se le debe? ¿No seria ignominia, que Felisinda vertiese una lágrima en presencia de ese extranjero? Puesto que sus nobles prendas hayan encendido la amorosa llama en vuestro pecho, debiais vos sufocarla varonilmente. ¿Necesitará Valdemaro mas que saber vuestra voluntad, para sacrificarse prontamente á ella? Una leve insinuacion no mas, bastará para que se rinda á vuestro gusto. Valdemaro, señora, está en vuestro palacio, vos le obligais con beneficios, él

es discreto , y no puede dejar de ser agradecido. Estos favores , vuestra hermosura , gentileza , discrecion y demas prendas capaces de avasaliar al corazon mas desamorado , ¿ como podrán dejar de rendir á Valdemaro ? Valdemaro...

En vano me aconsejas, Filena , interrumpió Felisinda : ¿ como quieres que Valdemaro olvide á su hermana que tanto estima, por corresponder á mi cariño ? Despues de tantos trabajos como ha sufrido, despues de tantas dificultades como ha superado

para encontrarla , ¿ quieres que sean poderosos mis brazos para detenerlo ? son muy flojos mis brazos , Filena. Valdemaro hará vanidad de despreciar mi hermosura y cuantas riquezas pueda ofrecerle. ¿ Tú no has reparado , cuanta es su gentileza y bizzarria ? ¿ has notado , con que gracia contaba los pasages de su historia ? ¿ Que nobleza ! ¿ que dulzura ! ¿ que espressiones ! ¿ que viveza ! ¿ que alma ! ¿ Querrá encerrar tantas prendas en el breve recinto de este pais , cuando parece que aun es estre-

cho el vasto ámbito del universo para contenerlas? No, Filena, no; no ha venido Valdemaro, sino para dar muerte á Felisinda.

Suspended, señora, el llanto, replicó Filena, y no deis lugar á esos rezos. Valdemaro por mas que sea valeroso y prudente, por mas gracioso y gallardo que sea, en fin es jóven, y el fuego del amor fácilmente prende en los leños verdes. Procurad abultar las dificultades que le quedan que vencer para llegar á Dinamarca, ó para encontrar

á su hermana, facilitadle todo género de placeres; lisonjead su voluntad en cuanto fuere posible, mostradle tal cual vez alguna parte de vuestro amor, pero como por hurto, y mezclando ternezas con esquivances; y veréis de esta suerte, como olvidará memorias de Dinamarca, no se acordará de su hermana, se reducirá á duros gusto; y las lágrimas que no parecen bien en vuestros ojos, se verán correr luego por sus megillas.

En tanto que pasaba esta plática entre Felisinda

da y Filena, andaba Valdemaro discurrendo por el jardin, todo absorto en la contemplacion de lo que le habia sucedido con Felisinda. Las lágrimas que le habia visto verter, las palabras que le habia oido, y otras señales que habia observado en los dias que estaba en el palacio, le hacian sospechar, si serian efecto de alguna pasion amante. Estas sospechas, y las amables prendas que habia notado en ella, iban haciendo algun eco en su imaginacion; pero como Dinamarca, Andrónico y

su hermana le robaban la mayor parte del cuidado, no podia dedicarse enteramente á la consideracion de ellas: sin embargo le tenian harto melancólico, y Cupido que solo esperaba atravesarle el corazon con sus flechas, comenzó á dispararle algunas, viéndose tan oportuna ocasion. Dejó que la tristeza espárciese sus funestas sombras sobre su alma, é inmediatamente le aparentó inaccesible el trono de Dinamarca, y que ni aun para su consuelo, podría lograr jamas el abrigo de

Andrónico, ni la compañía de su hermana. Por otra parte le ponderaba la hermosura de Felisinda, las encantadoras gracias que brillaban en su ayroso talle, las riquezas y delicias que tenía acumuladas en aquel vasto país, y que sería eternamente dichoso, si se resolviese á tomarla por esposa.

Con esto andaba ya Valdemaro, sin saber que hacerse, si adonde acudir: corría caviloso desde una parte á otra del jardín, arrojaba de cuando en cuando algún profundo suspi-

ro, y tal vez no podía reprimir las lágrimas. Ya le molestaban las memorias de Andrónico, los recuerdos de su hermana le parecían insípidos, y solo encontraba placer en contemplar las hechiceras prendas de Felisinda. Quería ir á visitarla, por ver si se habrían enjugado ya sus lágrimas, y descubriría el origen de ellas; pero una fuerza no visible le detenía los pasos.

¡Que efectos tan contrarios, decía, combaten mi corazón! ¡Que país es este, ó que Felisinda es

esta , que tan violentamente quiere arancar de mi alma el amor de Andrónico , y romper los vínculos del cariño , que tan dulcemente me unen con mi hermana ! ; Como ! ¿ es posible que así me hagan olvidar la corona y cetro de Dinamarca ? Pero ¿ podré permitirlo ? ¿ será justo que me olvide de mí mismo , y que abandone con ignominia las antiguas obligaciones de mi estado ? ¿ Que tengo yo que ver con Felisinda , ni que me resta ya que hacer en este palacio ? Andrónico me

llama , mi hermana me desea , Dinamarca me solicita ; y un noble debe atropellar todo embarazo , cuando se trata de cumplir con su obligacion. ¿ Que me detengo pues ? mañana , hoy mismo , en este instante he de partir... pero ¿ adonde ? ¿ Quien ha de guiar mis pasos , para que me pongan fuera de esta desconocida region ? Una cordillera de montes inaccesibles la cierran por una parte , y el inmenso mar que por otra le sirve de profundo foso , impide la salida. ; Infelice de mí !

que confusion es esta!
 O, y cuan á costa mia
 experimento la falta que me
 haceis, amado Andrónico!
 Vuestros sabios consejos me
 harian fácil la salida, que
 yo no encuentro. ¿ Quien
 podrá ahora darme conse-
 jo? ¿ que recurso me queda?
 Felisinda amable, vos
 sois discreta y compasiva:
 considerad la fatal situa-
 cion en que me veo, y
 dadme remedio.

Así se hallaba Valde-
 maro: lleno de una tur-
 bacion, cuya causa no ati-
 naba, no se atrevia á en-
 trar en el palacio; pero

Filena advertidamente des-
 cuidada, sale al jardin,
 se le hace encontradiza,
 le acompaña un rato en
 el paseo, y lo conduce
 despues á la presencia de
 Felisinda. Hallóla con una
 serenidad aparente, que no
 podia encubrir bastante
 bien la interior tormenta
 que sufría; y Valdemaro
 no ménos afligido, mos-
 traba con bastante violen-
 cia una calma que no te-
 nia. Ninguno de los dos
 se atrevia á hablar del
 asunto que tanto les inte-
 resaba, y en tan profun-
 do silencio, Felisinda re-

corria con su imaginacion todas las bellas dotes de Valdemaro, y Valdemaro no pensaba sino en Andrónico y Ulrica-Leonor. Felisinda apoyada á las esperanzas que le habia dado Filena, meditaba ya el pomposo aparato que habian de solemnizar el amoroso enlace con Valdemaro; y Valdemaro acordándose de las obligaciones de su sangre, solo imaginaba ideas para salir de aquel laberinto. Pero Filena astutamente lisonjera, conociendo las interiores ansias de cada uno, dijo:

y bien, amable Valdemaro, ¡cuan loco debe ser cualquiera, que hallándose tranquilo en seguro puerto, quiere volver al golfo de que poco ántes ha escapado! No daría muestras de muy cuerdo, respondió Valdemaro: yo mismo os aseguro, que si tuviera la fortuna de verme seguro en el deseado puerto, no volveria á buscar las borrascas que he sufrido. Pues ¿que mayor tranquilidad podeis encontrar, que la que se os ofrece en este puerto? replicó Filena. Si por an-

dar tras esa que imagináis, os arrojais otra vez al golfo, y os arrebatara la vida juntamente con vuestras esperanzas, ¿seriais por ventura ménos loco que el que hemos dicho ántes? Pero ¿como puede llamarse seguro, preguntó Valdemaro, el que se halla en medio de una desenfrenada tormenta? Este que vos llamais seguro puerto, es para mí el mas peligroso escollo, pues faltándome la compañía dulce de Andrónico y de Ulrica-Leonor, me falta toda tranquilidad. No es

exageracion de un ánimo preocupado; señora, creedme: con Andrónico y mi hermana me hallaria mas tranquilo entre los peligros de un naufragio, que en la pacífica quietud de este parage. Me precio de noble, y no puedo abandonar las obligaciones que me debo á mí mismo: he de partirme.

Con la misma prontitud que un estruendoso y repentino trueno sorprende y perturba los sentidos de un pasagero descuidado, en el centro de un profundo valle, así

desconcertáron á Felisinda estas últimas palabras de Valdemaro. Un mortal frio se introduce por sus venas ; los sentidos se le perturban , enérvanse sus miembros , y cubre su rostro una palidez mortal ; pero Filena acudiendo prontamente á socorrer á su señora, dice con discreta sagacidad : está bien , vos partiréis : la generosa y compasiva Felisinda consentirá que marcheis , y aun os aprontará los medios necesarios para que lo hagais con comodidad ; mas ¿ adonde habeis de ir ? ¿ Sa-

beis con certidumbre , en que region hallaréis vuestra adorada hermana , y al no ménos amado Andrónico ? Con que precisamente habeis de andar otra vez á combatir con las sirtes y los escollos.

Mas quiero , que las aguas del inmenso mar os reciban plácidamente ; que os permitan caminar sin embarazo , y que os abran la entrada en todos los puertos : si al cabo de tan prolongada navegacion preguntais por Andrónico y Ulrica-Leonor , y no lograis otra respuesta , que

el eco amargo de una voz que os diga : ya no existen, ; que tormento no será el vuestro! ; Ah , Valdemaro! Andrónico seguramente habrá perecido entre las fieras olas. Las flacas fuerzas que le podian quedar en una edad cansada y decrepita , no habrán podido contrastar tanto golpe de infortunios : y sin el arrimo de Andrónico ; que podremos pensar de vuestra hermana , sino que la muerte cruel habrá cortado el hilo de su floreciente vida?

Un copioso torrente de lágrimas se desprende im-

petuosamente de los ojos de Valdemaro , al acabar de pronunciar Filena estas palabras : llora , suspira , se lamenta , pero de estos lamentos saca Felisinda su mayor alegría. Parecele que Valdemaro ha creido ya la muerte de Andrónico y de Ulrica-Leonor , y desde aquel mismo instante le mira ya por suyo. Rompe de improviso el hilo de la conversacion , vístese su aspecto de una alegría que procura encubrir modestamente , deja el asiento con gentil desembarazo , y sale sola

al jardín , como para confiar á las flores sus alegres esperanzas ; así se truecan de golpe los afectos del corazón humano.

No se descuidaba entretanto Filena en persuadir mas vivamente á Valdemaro la muerte de Andrónico y de Ulrica-Leonor : repetíasele muchas veces , pero siempre se valia de nuevas y eficaces razones , que con una fuerza irresistible se penetraban hasta lo íntimo de su corazón. Por el mismo estilo le ponderaba las delicias que con los brazos

abiertos se le ofrecían en aquel país , para que las gozase libremente ; la sencillez amable de todos sus habitantes , que solo procurarian adular su voluntad ; y mas particularmente le engrandecia las hechiceras gracias de Felisinda.

Y ¿ es posible , le decía , que os queráis andar desatinado por esos mares tras un bien que solo existe en vuestra fantasía , despreciando los que aquí se os ofrecen en realidad ? Felisinda misma os facilitaria todos los medios imaginables , para que poseye-

rais pacíficamente los sabrosos placeres que os promete la compañía amable de Andrónico y de vuestra hermana, si fuera posible conseguirlo; pero conocemos que sería fatigarnos en vano, que sería correr tras el viento, y que al cabo de trabajos inmensos, no lograríamos mas que la confirmacion de una verdad que estamos creyendo. El cielo, al cabo de tantos peligros de que os ha librado, os ha conducido á esta region de delicias, para premiaros... Pero ¿que digo?

¿Podemos nosotros penetrar sus sabias disposiciones? Valdemaro, la providencia os ha puesto en esta feliz region: creo que lo habrá dispuesto para vuestro bien. Consultad ahora con las sabias máximas de Andrónico, que teneis en tanto aprecio, y resolved lo que quisierais. Yo no tengo mas que deciros.

Mientras así habló la astuta Filena, estuvo Valdemaro suspenso sin desplegar sus labios; pero las lágrimas que vertía, espresaban el conflicto en que se hallaba su cora-

zon. Hacíase fuerza para no creer las razones de Filena ; pero salian tan llenas de eficacia , que á pesar de toda resistencia, se hacian sentir en su alma. No sabia que decir ni que hacer , cuando arrebatado de una fuerza extraña , se levanta de repente , y se retira á la estancia mas secreta de palacio.

¿ Que es esto , corazon mio ? iba diciendo entre sí : ¿ que extraordinaria violencia es esta ? ¿ que nuevo modo de atormentar es este ? ¿ Con que no

he de ver ya mas á mi hermana ? ¿ con que ya es muerta Ulrica-Leonor ? y vos , adorado Andrónico , ¿ ya no existis ? ¿ Ó suerte injusta ! Y ¿ quien te ha dicho , fortuna bárbara , que puede vivir Valdemaro ni un momento , estando ya sin vida Andrónico y su hermana ? No , cruel , prosiguió sacando un puñal : no lograrás que yo lleve una vida tan amarga , no ; yo mismo me daré la muerte , ya que tú tiranamente compasiva me la dilatas. Amado Andrónico , adora-

da hermana mia , recibid esta alma como el mas dulce sacrificio... pero no, yo me engaño : ¿ que es esto ? ¿ No me acaba de decir Filena , que la providencia me ha puesto en esta feliz region ? Y ¿ no me dijo muchas veces el sabio Andrónico , que cuando me deje en manos de la providencia obraré siempre lo mejor ? ¡ Ah ! la dejacion de mi voluntad al arbitrio de la providencia , será , ó Andrónico , el sacrificio que mas gustosamente aceptaréis , y el mas agradable á mi

hermana : ¿ que resuelvo pues ? Si Andrónico es muerto , si es muerta mi hermana , ¿ no es cierto que así será conveniente para mi sólida felicidad ? Gobiérne pues quien sabe lo que conviene , que yo no haré mas que callar y obedecer. No convendrá que yo llegue á Dinamarca , ni que estas flojas manos empuñen el cetro , cuando la providencia me ha puesto en esta region incógnita , de donde no veo la salida. Pero ¡ ay de mí ! ¿ Como podremos conciliar estremos tan opuestos ? ¿ Es

esto lo que me presagió Alberto? ¿ Como puedo quedarme encerrado en este pais, y ceñir la corona de Dinamarca? ¿ Ah, que confusion es esta! ¿ Cristerno cruel! he aquí el tropel de desórdenes que has ocasionado. ¿ Monstruo infame, cuantas impiedades has cometido! Con un solo golpe has arrebatado la preciosa vida de mi amado padre, del zeloso Andrónico, de mi dulce hermana... pero no, huye de aquí, bárbaro hermano, no quiero que ocupes mi memoria.

Dios mio, que os li-sonjeais de hacer justicia á los inocentes oprimidos; vos que con una fuerza incontrastable rompeis los muros de diamante, y quebrantais los hierros que cruelmente abruman á los cautivos; vos que alargais vuestra mano benigna, para conducir sin riesgo por entre las tinieblas á los que os llaman con esfuerzo, ¿ como no acudis á dar consuelo á este miserable fugitivo, y perseguido de su misma sangre? Vos sabeis mi inocencia, vos, Señor, conocéis la recti-

tud de mi corazon , vos mismo veis que no la ambicion del cetro me impele , sino la quietud de mis vasallos , la felicidad de mi pueblo , el alivio de mi hermana , el consuelo de Andrónico... ¿ que pronuncio? ¿ si Andrónico y mi hermana ya no existen?

En llegando á este punto , el dolor le arrebató las palabras , y le dejó sin movimiento. Caele la cabeza sobre el pecho , suelta acá y allá los desfallecidos brazos , túrbasele la vista , y se rinde á un desmayo.

Como Filena habia marchado al jardin á buscar á Felisinda , y la demas gente de palacio andaba empleada en sus respectivos egercicios , ninguno pudo saber el desmayo de Valdemaro , hasta que entrando en sospecha , fueron á buscarlo , y lo encontraron sin sentidos sobre una silla. Esta triste vista fué un mortal golpe para Felisinda : su corazon amante no puede resistir al dolor que le ocasiona la pena de su amado , y cae en el suelo desmayada. Filena sobrecogida del

TOM. II. 8

espanto, no sabe que hacerse: llama á las damas, busca á las criadas, dales órdenes precipitadamente, las riñe, las amenaza, y nada se egecuta. Todas se confunden, unas á otras se conturban, lo que manda la una, lo reprueba la otra, todo va sin orden, y nada se practica. Ultimamente los colocan á cada uno en su lecho, y con ménos confusion les aplican los remedios mas oportunos, para restablecerles de su desmayo.

LIBRO VIII.

Recobrada Felisinda, llama á su confidenta Filena, la toma por las manos, y bañándolas con sus lágrimas, le dice: yo soy muerta, Filena. Nunca podré creer, que Valdemaro rinda su amor á Felisinda. ¿No viste aquel desmayo? ¿no advertiste aquellas lágrimas? pues mira, todo es por su hermana, todo por Andróni-

espanto, no sabe que hacerse: llama á las damas, busca á las criadas, dales órdenes precipitadamente, las riñe, las amenaza, y nada se egecuta. Todas se confunden, unas á otras se conturban, lo que manda la una, lo reprueba la otra, todo va sin orden, y nada se practica. Ultimamente los colocan á cada uno en su lecho, y con ménos confusion les aplican los remedios mas oportunos, para restablecerles de su desmayo.

LIBRO VIII.

Recobrada Felisinda, llama á su confidenta Filena, la toma por las manos, y bañándolas con sus lágrimas, le dice: yo soy muerta, Filena. Nunca podré creer, que Valdemaro rinda su amor á Felisinda. ¿No viste aquel desmayo? ¿no advertiste aquellas lágrimas? pues mira, todo es por su hermana, todo por Andróni-

co , todo por su patria.
 No es digna Felisinda de
 que Valdemaro vierta una
 sola lágrima por su amor,
 no... Todo me causa susto;
 su inaccion, su embarazo...
 ¡Ay de mí! todo me da
 fatiga. Señora, le replicó
 Filena, hasta ahora no he
 visto en Valdemaro ningun-
 na señal que pueda daros
 motivo de desconfianza.
 Aquel llanto, aquel silen-
 cio, aquel desmayo, que
 os parecen ofrendas que sa-
 crifica á su hermana y
 á su patria, ¿ por que no
 pueden tener otro destino?
 ¿ por que no pueden ser

tributos que rinde á vues-
 tro amor? Aquella indeci-
 sion, aquel rubor, aquel
 empacho que os da tanta
 sospecha, ¿ por que no
 pueden ser amantes artifi-
 cios, para aumentar mas
 vuestra llama, y hacer
 mas estimables sus afectos?
 Yo no sé que Valdemaro
 pueda portarse de otra
 suerte. Considerad su si-
 tuacion, y veréis que el
 ansia de llegar á su pa-
 tria, y el deseo de cor-
 responder á vuestras cari-
 cias; que el vínculo con
 que el natural cariño le
 une con su hermana, y

el fuerte lazo con que amor le está uniendo ya con vos; no pueden dejar de tener agitado su corazón, y constituida su alma en el mas duro conflicto.

¡ Ah, Filena! dijo Felisinda: si mi amor tuviera la menor parte en el motivo de su agitación, seria yo dichosa; pero rezelo... Son vanos rezelos, interrumpió Filena; y mucho mas, si consideramos... pero nada hay que rezelar. Valdemaro, impelido del deseo de llegar á su patria y de en-

contrar á su hermana, finge resistir á vuestros afectos; pero yo sé que se abrasa interiormente. Descansad ahora, y dejad á mi cargo el dirigir esta empresa.

Dicho esto, marcha inmediatamente á la estancia de Valdemaro, hállalo enagenado sobre la cama, llámalo por su nombre, y sin lograr mas respuesta que una ligera ojeada, le dice con sagaz arrogancia: y ¿ cuando ha de ser vuestra partida, desagradecido jóven? Si tantas lágrimas y desmayos os ha de oca-

sionar el insípido amor de una hermana, que tal vez existe solo en vuestra idea, partid en hora buena: desocupad presto este palacio; y os advierto, que no aguardéis á que os vea Felisinda, porque le será insufrible vuestra vista, y no podrá reprimir su enojo. Pero, señora, dijo Valdemaro, ¿ que repentina causa?... No es tiempo de satisfacciones, interrumpió Filena. Un corazón ingrato solo es capaz de pretestar razones fementidas: marchad presto. Pero el horror de esos montes, se-

ñora, replicó Valdemaro, la ignorancia del camino, la obscuridad de la noche... No, no; nada puede suspender la egecucion de la orden que os intimo, dijo Filena: marchad presto. ¡ Que nueva confusion es esta! exclamó Valdemaro. Mas decidme, señora, ¿ que exige Felisinda de este infeliz? ¿ en que puedo complacerla? Una seña de gratitud no mas podria dejar satisfecho el corazón de mi señora, que solo desea colmaros de venturas, respondió Filena: pero sois incapaz de

reconocer beneficios. Esas lágrimas, esos desmayos que inútilmente sacrificais á vuestra hermana, á vuestra patria y á vuestro Andrónico, (porque todo ha fenecido ya para vos) solo Felisinda las merece. Si fuerais capaz de agradecimiento, vuestro mismo corazón os parecería recompensa tibia á la piedad amable, que con vos ha usado Felisinda. Felisinda hubiera podido terminaros en el mismo instante que fijasteis el pie en este distrito; Felisinda podría teneros confun-

dido entre prisiones; Felisinda puede todavía reducirnos á la situación mas infeliz; pero su piedad, su generoso corazón, su noble bizarría, su grande alma no le dan lugar á tales excesos: por eso manda compasiva, que al nacer el nuevo sol, os halleis ya fuera de este país.

¡ Ah, señora! y ¡ cuan mal conoce Felisinda al infeliz Valdemaro! dijo él mismo. Si Felisinda viera la lucha atroz que sufro en mi interior, mas benignamente se compadece-

ria. No tiene Felisinda la menor parte en la causa de mis lágrimas y de mis desmayos. Su amor y el de mi hermana, las obligaciones que le debo, y las que debo á mi patria... ¡ah, que batalla de afectos tan acerba! Si pudiera irme y quedarme á un mismo tiempo, satisfacer á Felisinda y acudir á mis obligaciones, socorrer á mi hermana y no dejar á Felisinda, reynar en este pais y empuñar el cetro... ¿que pronuncio? ¿Deliro acaso? me enagené; no estoy en mí.

Señora, vos que habeis sido la mensagera del rígido decreto de Felisinda, decidle, que voy á egecutarlo sin tardanza: que abrazo gustoso la muerte que me aguarda entre la sombra y horror de esas montañas, solo por servirla; pero hacidle tambien presente, que Valdemaro no ha cometido ningun esceso que le haga merecedor de tan intempestivo mandato; que sin motivo alguno condena su inocencia á los peligros de una obscura noche y de un camino incierto; y decid-

le en fin , que si no se debiera todo á su patria, seria todo de Felisinda; que por complacerla solo, olvidaria á su hermana, olvidaria... Al proferir estas palabras llora , suspira , corre presuroso hácia la puerta , pero deteniéndole Filena , le dice : ¿donde vais precipitado ? deteneos : lamento vuestra pena. Yo la haré patente á Felisinda , y procuraré á lo ménos , que suspenda la egecucion de su mandato, hasta que amanezca.

Con esto se retiró Valdemaro , y Filena viendo

bastante bien lograda su astucia , parte á verse con Felisinda. Cuéntale cuanto le acaba de suceder , y la persuade , que en Valdemaro se oculta otro personaje mas ilustre de lo que parece. Fómase al instante en el corazon de Felisinda una nueva guerra : crece el amor en que se abrasa por Valdemaro, y crecen tambien las desconfianzas de alcanzarlo por esposo. ¿ Que ideas no fabrica para obligarle ! que artificios no inventa para enamorarle ! Forma mil proyectos , que le parecen es-

quisitos en el mismo instante que los forma ; pero poco despues los reprueba por inútiles : quiere llamar á Valdemaro , para que le relate otra vez su historia , imaginando descubrir la calidad de su linage : dale la órden á Filena ; mas apénas acaba de darla , cuando de repente la revoca . ; Cuan horrible alternativa sufre un corazon enamorado ! Pero despues de infinitos proyectos que formó , deshizo y volvió á formar en su imaginacion , sin poner ninguno en práctica , pien-

sa disponer una caza por los vecinos bosques , para hacer alarde noble de sus marciales alientos , y probar , si de esta suerte prenderia mejor el corazon de Valdemaro .

Todo yacia en profundo sueño : no se oia dama alguna por las salas ; los criados estaban sumergidos en muda quietud , y todo el palacio respiraba silencio : solamente se percibia , ó algun suspiro de Valdemaro , ó algun sollozo de Felisinda . Mas Filena , obediendo al mandato de su señora , parte presurosa á

8**

dar órdenes, para que se prevengan caballos, armas, lebreles, y cuanto pueda servir de brillo, gusto y opulencia al proyectado egercicio.

Apénas la aurora vino á declararse, cuando rompe el silencio la grita de los monteros, el relincho de los caballos, y el generoso latido de los perros. Valdemaro, avisado por Filena, sale de su estancia gentilmente aderezado con un vestido de monte que le envió Felisinda. Era de púrpura, y el bordado de oro que

guarnecía la orla, tan delicado y primoroso, que parecia haber apurado sus esfuerzos la mano que lo habia labrado. Sobre un gallardo y fogoso caballo ricamente enjaezado, que tascando feroz el espumoso freno, y sacudiendo impaciente la undosa crin, daba indicios de no sujetar á nadie su altivez, sale á breve rato Felisinda, tan hermosa, tan desembarazada y tan bizarramente compuesta, que fuera fácil equivocarla con Diana, cuando por las faldas del celebrado Cinto,

iba á caza con sus Ninfas. Todos respiraban placer, ménos Valdemaro, que sorprendido de la novedad, los ojos bajos, lleno de rubor el rostro, y poseido de una desconocida turbacion, apénas podia sufrir-se á sí mismo. Danle un caballo, no ménos fuerte, ni ménos generoso que el de Felisinda; móntalo con gentil desenfado, y parten de palacio con marcial estrépito.

Llegan al bosque, repártese la gente, y toma cada uno el puesto que se le señala. Iban Valdemaro

y Felisinda por una misma parte; y cuando ya el ruido de las bocinas y el latido de los perros habian espantado la caza, sale bramando de lo interior del bosque un oso feroz. Espántase el caballo que monta Felisinda, vánsele las riendas de la mano, y cae al primer veyven. Arremete entónces hácia ella el feroz bruto, llenos de fuego sus ojos, abierta la inflamada boca, y levantadas las manos; pero Valdemaro noblemente valeroso, se arroja del caballo, acomételo con im-

petu , y se abraza con él. Apriétalo fuertemente entre sus brazos , y hácele arrancar del pecho espantosos bramidos que amedrentan la selva. Las rabiosas espumas que arroja de su boca , cubren la espalda de Valdemaro , y llegan á blanquear las vecinas matas. Crece el combate , redóblase el furor , y no desfallece el esfuerzo ; pero así como despues de los repetidos choques del furioso aquilon , cae la robusta encina desde la cumbre del Apenino , haciendo estremecer la tierra

del contorno ; así con igual estrépito cayó la enorme fiera debajo de Valdemaro , y queda ahogada entre sus brazos. Satisfecho de su victoria , acude á socorrer á Felisinda , que todavía no estaba recobrada del susto : rocíale el rostro con el agua de un arroyo que corría allí cerca , y logra restablecerla. Ya había concurrido la gente que andaba esparcida por el monte ; é informada del inminente riesgo de su señora , de la lucha atroz de Valdemaro y de su vencimien-

to, despojan al bruto de su piel, ó para que sirva de adorno á los umbrales de palacio, ó para que se vista de ella Valdemaro, en señal del triunfo, cuantas veces hubiere de salir á caza.

Hecho esto con aplauso de todos, manda Felisinda tomar la vuelta de palacio; pero ella quedándose á lo léjos, con advertido descuido, en compañía de Valdemaro, le habla de esta suerte: esta fineza que acabo de recibir de vuestra heroyca mano; la vida que acabais de darme, generoso

jóven, me deja sin recurso para el agradecimiento: fineza es que escede todo valor y todo precio. Este pais agradable, cuyos terminos apenas puede descubrir la vista, los árboles que los pueblan, las quintas que le adornan, las aguas que le bañan, el palacio que lo domina... nada he dicho: las perlas del oriente, el oro del Arabia, y quanto tesoro oculta la tierra en sus entrañas, serian recompensa corta á tan escesivo favor. Sin embargo, una sola cosa, que aprécio mas que

cuanto he dicho, me queda para ofreceros: si la aceptais, tendré el honor de ser vuestra esposa. Esto es en suma: Felisinda se os ofrece por esposa.

Aquí calló; pero advirtiendo que Valdemaro habia quedado suspenso, sin determinarse á proferir palabra, prosiguió de esta manera: ya sé que la oferta que acabo de haceros, es corta satisfaccion á tanto merecimiento, cuando la bizarra accion no mas...

Mi bizarra accion, señora, interrumpió Valdemaro, es hija de la generosidad de

mi ánimo: yo no he hecho mas que lo que debiera hacer cualquier noble. He manifestado mi gratitud á los inmensos favores que me habeis dispensado, desde que la fortuna, no sé si próspera ó adversa, me trajo á vuestro palacio; y he dado á entender bastantes veces, si lo habeis notado, que ni me es desagradable vuestra compañía, ni desapacible el parage que habitais. No penseis pues que el ofrecimiento, con que me honrais, es corta satisfaccion á mis méritos; pensad, sí,

que mis méritos no son acreedores á tan escesivo como inesperado ofrecimiento: ofrecimiento que estimo tanto, quanto siento no poderle aceptar. Patria, hermana, Andrónico, todo me separa de vos: por eso, señora, el mas subido favor que podeis hacerme, es darme libertad para marchar, y proporcion para llegar á algun puerto, desde donde pueda dirigirme en busca de mi tierna hermana y del anciano Andrónico. Esta sola gracia es la que tendrá presente Valdemaro, adonde quiera que lo ar-

roje la contraria suerte.

¡Que es lo que escucho, dijo Felisinda! ¡vos partiros! Sí, he de partirme; respondió Valdemaro. Mi obligacion, la quietud de mi hermana, el consuelo de Andrónico, el sosiego del pueblo, y lo que mas es, el órden del cielo, todo me impele, señora, todo me aparta de vos. Pues si habiais de abandonar á Felisinda, replicó ella, ¿por que no la dejabais entre las garras de esa fiera, que acabais de ahogar en vuestros brazos? ¿por que arriesgasteis te-

merariamente vuestra vida, por librar la mía? Libré, señora, vuestra vida á costa de la mía, respondió Valdemaro, porque me precio de noble, porque sé agradecer beneficios, y en suma, porque os amo. ¿Vos me amais? replicó Felisinda. Si me amarais, olvidarais hermana, patria, padres; atropellarais cuantos embarazos se os pudieran oponer; romperais... Pero ¿como es posible que me améis, cuando para no complacerme, os basta la memoria de una patria que hoye de vos, de una her-

mana que ya no existe, de un Andrónico que ha concluido ya la carrera de su vida? Decid, que Felisinda os es desagradable... Decid... ¡Ah, si Felisinda estuviera tan fuertemente impresa en el alma de Valdemaro, como Valdemaro lo está en la de Felisinda! Si Felisinda... Un torrente de lágrimas que no puede reprimir, impide el curso á sus palabras. Calla, y acompañados del silencio llegán á palacio.

Ocúltase Felisinda en la mas retirada estancia, sin permitir que nadie le ha-

ble, y entregada toda á sí misma, se deja llevar del ímpetu de su pasión. ¿Felisinda despreciada? se dice á solas: ¿mi amor desdenado? ¿desatendidas mis lágrimas? ¿Que es esto! ¿podré sufrirlo? ¡Ay amor, y cuan mal te conocia! Mi espíritu altivo que nunca supo rendirse á tus halagos, mi orgullo que siempre desdeñó tus artificios, ¿ahora se ven abatidos al vil extremo de mendigar caricias? y ¿de quien? de un ingrato, de un aleve, de un presuntuoso extranjero. ¿Estas son sus virtu-

des? ¿estas sus gracias? ¿Es esta aquella dulce compasión, que escitan en su alma los desvalidos? ¿es este el héroe, que vence monstruos de dificultades, por encontrar á su hermana?... Mas ¿como el tibio amor que inspira la naturaleza, puede agitarle tanto? El amor de una hermana ¿seria capaz de hacerle vagar por mares y por tierras, hecho siempre juguete vil de la fortuna? ¿Que sospechas me confunden! No, otra hoguera mas voraz arde en su pecho. ¿Por que no podria ser su amante,

la que busca en calidad de hermana? Para una hermana ausente, bastaba un tibio recuerdo tal cual vez, mas no tantas... ¡Ay de mí! ¿que zelos me atormentan! No, no es su hermana; su amante es la que busca. ¿Que espero pues? El alma que tiene fija en otra parte, ¿como podrá inclinarse á Felisinda? Ea, Felisinda, ya tienes descubierta la causa de los desvíos de Valdemaro... Mas ¿como no te declarabas ántes, estrangero aleve? Si triunfa de mi amor la fuerza de ese amor que ocul-

tas, ¿ como no lo confiesas sin doblez? ¿Tú haces alarde de tu sinceridad? ¿tú te precias de noble? ¿tú eres leal? esa no es lealtad, alevosía es infame... Pero ¿de que me quejo? mi passion me ciega. Vete, estrangero ingrato; corre á enlazar tus brazos con esa infeliz amante que te aguarda: marcha, parte veloz... Mas ¿que digo? ¿partirse? ¿pues podria permitir que se partiera, para que disfrutase otra las caricias que á mí me niega? ¿podria consentirlo? En la obscura prision pagará su alevosía.

Dicho esto, sale de la estancia con precipitacion, y al primer paso, encuentra con Filena. ¿Tambien tú piensas seducirme? le dice con aspereza. ¿Como te atreves á persuadirme, que Valdemaro interiormente se abrasa por mi amor? ¿Que puedes prometerte de ficcion tan injuriosa? ¿interesas algo en engañarme? ¿Yo engañaros, señora? respondió Filena sobresaltada. Tú, tú misma, tú, alevosa, replicó Felisinda: en nadie se halla fidelidad. Dijo; y ocultándose otra vez en la estancia, cier-

ra de golpe la puerta.

Y ¿que puede pretender Filena? dice á breve rato. ¿Que motivo la impele á seducirme? ¿querrá tal vez grangearse el amor de Valdemaro? ó prendada ya de su valor y bizarría, ¿querrá que lo detenga yo en palacio, para que en tanto disfrute siquiera el placer de verlo? ¡Que horrible misterio es este que se me oculta! Concertados ambos, ¿conspirarán contra mí? ¿querrán armarme traycion? Pero ¿no tengo bien penetrada el alma de Filena? ¿Puede haber en-

gaño en ella? No, no puede haberlo: su fé me es bien conocida. ¿Que rezelo pues? Filena es fiel, y cuando ella afirma que Valdemaro me ama, le será bien notorio su afecto. ¿Que necias sospechas formé de Valdemaro! ¿Cuan pronto me dejé llevar de una vergonzosa pasion! No, Valdemaro no es traydor: es noble, y si alguna pasion amante le estorbara responder á mis cariños, la confesaria sin rubor. Solo su hermana le desvía, solo Andrónico le separa de mí. Pero esto importa po-

co: pasiones tan débiles como las que inspira la naturaleza, desaparecerán á vista de las que enciende el hechicero amor. Pues ¿que vacilo ya? repetiré á Valdemaro mi oferta, y la aceptará sin resistencia. Él habrá meditado á solas la fortuna que aquí se le ofrece, habrá previsto los trabajos que le amenazan, apenas fije el pie fuera de este agradable recinto; y la diferencia enorme de una suerte á otra, le pondrá en la precision de admitir la que le ofrezco. Esto dijo; y al instante llama á



Filena, para desembarazarla de la admiracion y pasmo, en que la habia puesto poco ántes.

En tanto que Felisinda discurría de esta suerte, se hallaba Valdemaro atropellado de una rápida sucesion de contrarios afectos. Su corazon ardía en amantes llamas por Felisinda; pero las obligaciones que debía á su heroyca sangre, las estinguian de algun modo: tal vez tenia por cierta la muerte de Andrónico y de su hermana; pero á las veces la miraba como especiosos inventos de

Filena para seducirlo. Pensaba, que la providencia lo habria conducido á aquel pais, para que acabara felizmente sus dias con Felisinda; pero veía, que no era esto lo que tantas veces se le habia predicho.

¿Que esperas á resolverte? se decía á sí mismo. ¿Dejarás que te vuelva la espalda esta no esperada felicidad, que ha venido á buscarte? Si tuvieras esperanza de volver á Dinamarca, y poseer el trono que violentamente ocupa Cristerno, podias muy bien despreciarla; pero ¿co-

no es posible, que veas otra vez á Dinamarca? Dinamarca acabó ya para tí. Todavía es muy jóven la mano que rigé el cetro; cuando no tenga fuerza para sostenerlo, ya estaré confundido con el polvo que pisan los pasajeros. Sí; que no puede mi corazón tener esfuerzo, para resistir á los crueles y repetidos golpes de la desgracia; y si tal vez quiero poner el pie en la otra parte de esos montes, sabe Dios, si al primer paso encontraré con mi precipicio. No; fuera locuras, fuera delirios. Este

fértil pais que domina Felisinda, ha de ser mi centro. ¡ Con cuanta libertad gozaré de su hermosura en estas apacibles selvas, donde la paz, el amor y la alegría son tan solemnemente venerados! Libre de susos y de sospechas, no tendré mas cuidados que el de corresponder á sus amantes caricias, ni mas emulacion que la de que mi amor compita con el suyo. ¿ Que me detengo? A Dios, cetro, á Dios, corona, á Dios, reyno; yo os dejo gustosamente por Felisinda: Felisinda ha de ser mi esposa.

Hecha esta resolución, intenta buscar á Felisinda para comunicársela; pero al primer paso que da fuera de la estancia, párase dudoso, se detiene un rato, y dice: ¿con que ya estoy resuelto? ¿Reducido estoy á unirme para siempre con Felisinda? Pero ¿como tendré valor para abandonar un pueblo, que gime inconsolable bajo el tirano yugo de Cristerno? ¿Podré preferir los halagos de una muger encontrada por acaso, á las obligaciones que debo á mi hermana? ¿No es ella, la que sa-

audió de mi inocente cuello la cruel cadena que le oprimia? ¿no es ella la que me envió recomendado á la Suecia, para que desde allí partiese á vengar la muerte de mi padre, á borrar con la sangre de mi hermano la execrable injuria que me hizo, y libertar al pueblo de la injusta opresion que sufre? ¿Por que pues no correspondo agradecido á sus finezas? ¿por que no pongo en egecucion sus nobles designios?

Si los vientos contrarios se han opuesto á mi viage,

si la adversa suerte me lleva siempre errante, ¿deho por eso abatirme? No; que no es digno de gloria un corazon que se rinde á los golpes del infortunio. Si pudiera evadirlos, encerrándome en este recinto... pero no; es locura. Los débiles brazos de Felisinda no podrán servirme de abrigo: ella tal vez no busca mas que su propio gusto. ¿Cuan en breve pasará del uno al otro extremo! Prueba bien clara tengo de su inestabilidad. ¿No es ella la que ayer decretó mi desvello? ¿ella misma no es

la que estaba tan inexorable, que ni admitia disculpas ni reconvenções? Así lo dijo Filena: ni la sombra de la noche, ni el horror de los montes, ni la incertidumbre del camino, eran poderosos, para que suspendiera por un rato, á lo ménos, la egecucion de su sentencia.

No dudo, que el haberla librado del riesgo que la amenazaba en la fiera muerta á mis manos, habrá podido trocar sus afectos; pero ¿quien pudo cambiarlos ántes, para que del destierro que me intimó, pa-

sara al placer de la caza que dispuso? No, no es amor lo que astutamente fina me exagera Felisinda; pero aunque lo fuese, ¿debería rendirse á sus halagos el hijo del grande Heroldo? no es posible.

Dijo: y lleno de una noble osadía, parte á buscar á Felisinda para desengañarla; pero apenas la encuentra, se siente mudado de improviso. Como aquel soldado bisoño, que ántes de entrar en la batalla, nada le asusta, ni las balas le acobardan, ni le intimidan las espadas, ántes ne-

ciamente valeroso, piensa atropellarlo todo; pero que apenas se pone al frente del egército contrario, se amedrenta al estrépito de las armas y al tumulto de los combatientes, desmaya al clamor de los moribundos, se le huye la tierra debajo de los pies, y apenas puede tener las armas en sus manos trémulas: así puntualmente le sucedió á Valdemaro, luego que se puso en presencia de Felisinda. Su hermosura, que la realizaba portentosamente cierto enojo amable que mostraba en el rostro, y un

ligeró desfallecimiento que se la notaba en sus miembros, le perturbó de repente. Ya no sentia en su ánimo aquel esfuerzo que ántes experimentaba: las palabras que tenia en la lengua para decirle, se volvian al interior del pecho, tiradas de una fuerza desconocida; el corazón le palpitaba con violencia; sus miembros se hallaban entorpecidos; y todo él poseído de un estraordinario descaecimiento.

Presto conoció Felisinda su turbacion, y pensando que provenia de otra cau-

sa, le dijo: ¿que os embaraza? Cuando yo he pasado por el rubor de confesaros mi pasión amante, ¿teneis ahora reparo de mostrar una correspondencia no mas, que me es tan debida? ¿Acaso es el amor alguna infame pasión, indigna de corazones nobles? ¿Que reparo teneis pues de confesármela, cuando ella misma se está manifestando en el rostro, á pesar de vuestro esfuerzo? Mal interpretais, señora, los movimientos de mi semblante, respondió Valdemaro. No puedo negar que

os amo; os amo con sinceridad, y tanto, que me habia olvidado de mí mismo por entregarme á vos; pero tampoco puedo negar, que obré arrebatadamente, obré conforme al impulso de un corazon apasionado, no segun la decision de un entendimiento libre. Ved ahí, de donde nace la turbacion que veis retratada en mi aspecto. Venia resuelto á pronunciar un sí, que habia de dar el último nudo al lazo con que comenzaba el amor á unirnos; pero me asaltó una reflexion tan po-

derosa, que derribó mis proyectos.

Al paso que hablaba, iba cobrando el esfuerzo que habia perdido; y como el soldado que en el calor de la batalla olvida los peligros, y rompe por cuantos embarazos se le oponen; así Valdemaro, sin atender á los hechizos de Felisinda, prosigue diciendo: ¿será razon, que prefiera una estrangera sangre á mi sangre propia? ¿Será justo, que por gozar tranquilamente vuestra hermosura en estas florestas, deje abandonado un reyno, que

funda en mí sus esperanzas? ¿Podré redimirlo de la enorme vejacion que sufre, si me quedo en este país, entregado al ocio dulce del amor? Mis vasallos espuestos al rigor de un rey intruso: mi trono, mi corona y cetro... mas ¿quien me inspira este lenguaje? Señora, mi hermana no tiene otro amparo que el que yo pueda darle, y no es justo, que la deje sin consuelo entre las penas que la affigen. Pensad, si puedo en otra cosa daros gusto, que pues en esta no me es posible, estoy

resuelto á marchar este mismo dia.

Así como mas furiosamente se precipita el caballo que corre, si le dan la espuela, y se encrespa con mayor furia el voraz incendio, si le añaden combustibles; así el enamorado corazon de Felisinda se enardeció mas vivamente, al oír estas razones de Valde-
maro. Queda suspensa, reflexiona un rato, se aviva el deseo, desmaya la esperanza, se agita el corazon, y palpitándole en el pecho, dice con amante timidez: ¿Que nuevas escusas pre-

testais ahora? ¿que me decis? Que es preciso dejaros, respondió Valdemaro. Cuan grande es mi dolor lo podeis bien conocer, si reparais... No pudo hablar otra palabra, porque un nudo le atravesó la garganta. Alzó amorosamente los ojos, para mirar los de Felisinda, y viéndolos ya empañados de lágrimas, mezcló con ellas las suyas, á pesar de toda resistencia.

¿Con que es preciso dejarme? dijo Felisinda. Preciso, respondió Valdemaro. Mi antigua obligacion, mi hermana, el pueblo... ¡Ti-

rano amor! ¡Ah, si nunca hubiera puesto el pie en este parage!... ¡Fatal momento aquel, interrumpió Felisinda, en que os viéron mis ojos! ¿Que infeliz destino os condujo á este sitio, si tan presto?... pero no, no habeis de partir, ántes me veréis muerta á vuestros pies. ¿Que resolvéis?

¡Que atroz batalla de afectos! esclamó Valdemaro. ¡Ó débil corazon mio! ¿donde está el valor que poco ántes tenias? ¡Ah, cuan diferente aspecto tienen los peligros, cuando se

miran de cerca! Ahora poco, parece que ya no temia los insultos que pudiera hacerme el amor; pero ya veo... ¡Infelice de mí! ¿Así se cumplen, Alberto, vuestros presagios? Amado Andrónico, ¿como les dís- teis fe tan presto? ¡Ah, que vanas salen vuestras promesas, Gésner amable! Piromanto solo me hizo ver la verdad de mi destino. Pero si he de tener en fin una muerte tan violenta, si el dolor de ver morir á mi hermana ha de redoblar tan cruelmente los dolores de mi muerte, mé-

nos mal será que yo mismo me quite la vida: de esta forma, ni mi hermana pasará por el dolor de verme morir, ni yo tendré la pena de ser testigo de su muerte.

¿Delirais acaso? preguntó Felisinda. Dejad esos temerarios designios, adorado dueño mio: pensad que vuestra muerte ha de apresurar tambien la mia. Si me amais, que abandonéis os ruego pensamientos tan funestos. ¿Quien estando en compañía de Felisinda, podrá daros la muerte? Y ¿como es posible, que

veais la de vuestra hermana, cuando acabó ya el curso de su amarga y trabajosa vida? Pensad, pensad en vivir con Felisinda: quedaos en este bello parage, formado quizá desde el principio para que vos le gozeis; sí, para que le gozeis en compañía de Felisinda, que el cielo destinó sin duda para esposa vuestra. ¿Que resolveis en fin? Darne la muerte, respondió arrebatadamente Valdemaro. Este mismo puñal, que tantas veces... ¡Ay de mí, exclamó Felisinda, arrojándose con ímpetu sobre

Valdemaro! ¿que es lo que haceis?

Por presto que se arrojó; no pudo detener el impulso, solo pudo cambiar el blanco; pues el golpe fatal que se dirigia á Valdemaro, cayó sobre ella misma, hiriéndola el funesto hierro en el brazo izquierdo. Tiñe luego la sangre sus ricos vestidos, riega el suelo, y cae desmayada. Valdemaro queda inmóvil y pasmado; cáesele de la mano el sangriento puñal, y no sabe que hacer: mas viendo que Felisinda se iba desangrando,

la toma en sus brazos, levanta el grito, clama sobresaltado. Acude la gente de palacio, y viendo la desgracia de su señora, lanzan terribles quejas, improperan á Valdemaro, pensando que habia sido el agresor, convocan á la vecina gente, acuden todos, y fórmase un motin. Arrebatan unos á la desmayada de entre los brazos de Valdemaro, para curarla; otros cargan sobre este, para apriisionarlo; y llenándole de golpes y de injurias, y arrastrándolo de los cabellos por aquellas salas, lo

conducen á una triste cárcel, sin darle lugar siquiera para proferir palabra.

Y ¿que ha de ser de mí ahora, decia entre sí mismo? ¿Quien podrá librarme del terrible golpe que la muerte va á descargar sobre mí, cuando no hay ninguno entre tantos que no medite mi ruina? Mi hermano me persigue, Andrónico y Gésner me engañan, Alberto me ayuda á precipitar, mi hermana no puede remediarne, y aquí donde se trataba de mi felicidad, solo se fragua mi perdicion. Si re-

corro los mares, ó quieren sepultarme en sus abismos, ó me arrojan á la tierra por no sufrirme: si camino por la tierra, no encuentro mas que lazos, tropiezos y precipicios: si levanto los ojos al cielo, lo veo irritado contra mí. Mas ¿por que me fatigo en vano? Á cualquier parte que vuelva los ojos, veo retratada mi destruccion: ¿por que pues no ha venido ya la muerte?... Mas ¿que pronuncio? ¿Cuando acabare de llamar á la muerte para mí remedio? ¿cuando sabré poner toda mi con-

fianza en Dios? ¿No puede ser, que por castigo de esta execrable injuria tantas veces repetida, vengan sobre mí tanta inmensidad de trabajos? Si yo no hubiera empuñado el fatal acero para matarme, no me veria ahora en tan infeliz situacion. ¡Ah! cuando me veo á la márgen del precipicio, conozco mi error, y vuelvo sobre mí; pero luego me abandono á mis pasiones, cuando estoy distante del peligro. De esta suerte vivo entre desaciertos, arrepentimientos y reincidencias. ¡Ay de mí tris-

te! ¿por que no me dejo gobernar de aquel, que sabe lo que me conviene? ¿No tengo bien experimentado, cuan en mi favor se muestra la providencia suprema? Todos los males que sufro, son frutos de mi ciega obstinacion; y no solo tengo en mí mismo el origen de mis males, sino que lo soy tambien de los ajenos. Felisinda herida por mi causa, Felisinda próxima á morir, Felisinda... Esto dicho, pone el codo sobre la rodilla, reclinia la cabeza sobre la palma de la mano, clava los ojos en

el suelo, y queda discutiendo confusamente consigo mismo.

Felisinda, ayudada de los medicamentos y demas diligencias de sus solícitos vasallos, se recobra de su desmayo, y apénas abre los ojos, sin cuidarse del dolor de la herida, los vuelve á todas partes, para buscar entre la multitud á su idolatrado Valdemaro. Como no le vió, dijo con un esfuerzo propio de su pasion: y ¿que se ha hecho Valdemaro? Descansad, señora, le respondiéron pensando adularla, que ya lo

teneis asegurado en la cárcel. Pues ¿quien os ha dicho, que debe ser culpado el inocente? replicó con un ayre de magestad, que hizo temblar á los que la oyéron. No me hirió Valdemaro; amor me hirió, de él me quejo: poned á Valdemaro en mi presencia, y despejad la estancia. Obedecieron todos sumisamente, y al instante le presentaron á Valdemaro. Venia cubierto de mortal palidez, penetrado de una tristeza cruel, llena su alma de afliccion, y enrasados en lágrimas los ojos.

Apénas le vió Felisinda, se le trabó la lengua, y no pudo hablar palabra; solo tuvo aliento para decir á Filena, que cerrase la puerta de la sala, y los dejase solos.

¿Que es lo que queréis, señora? dijo Valdemaro puesto de rodillas, y arrimada la cabeza al lecho de Felisinda. Yo soy la causa de vuestro mal. No os engaiais, le respondió Felisinda. Vos sois la causa de mi mal, es verdad; pero no me quejo de que lo seais: quéjome de que no queráis darme re-

medio. Beso y adoro ciegamente el sangriento hierro que me hirió; aprecio infinito la herida, si la roja sangre que tiñó el suelo, sirve de ablandar vuestro corazón y mejorar mi suerte; pero si la herida... si la sangre... ¡ay de mí! ¿aun pensais en partiros? ¿Pensais aun en dejar á Felisinda? ¿á Felisinda, que muere por amaros? ¡Ó amarga ausencia! Valdemaro... ¡infelice de mí! Si no os mueve mi llanto, si no os enternecen mis sollozos, muévaos á lo ménos el pensar, que vuestra partida me

ha de dar la muerte. ¿Como ausente de vos, podré llevar la amarga vida que medito? Volveré mis cansados ojos, para mirar ese rostro amable que imprimió en vos el mismo Adónis, y no veré mas que una importuna sombra, que doblará mis penas. Desde lo mas profundo de mi triste soledad, llevada de mi amante desvarío, os llamaré por vuestro mismo nombre mil veces en el dia, y aun muchas mas por la noche; pero no tendré mas respuesta que el silencio, ó el eco amargo que renova-

rá mis penas. El suave sueño ya no visitará mis tristes ojos, huirá el descanso de mi cuerpo, y la dulce quietud no hallará paso para entrar en mi corazón. ¡Desdichada Felisinda! ¿que de rigores te amenazan! Y bien ¿lo podréis consentir, amado Valdemaro? Valdemaro, por el amor que os tengo, por estas lágrimas que vierto, por lo que vos mismo sois, os ruego, que antes de partiros, si es que no basta mi llanto á deteneros; os ruego, que con el mismo puñal que me hirió, rasgueis mi pecho: no os

detengais; romped, abrid mil puertas, para que salga el alma, pues no quiero tener una prenda que os es desagradable; no, no quiero ya un corazón que no es digno de vuestro amor. Dijo: y sin esperar respuesta, vuelve la cabeza á la parte contraria, y da libre curso á las lágrimas y á los suspiros.

Nunca se halló Valdemaro tan perturbado como en esta ocasión, ni jamás le pareció Felisinda mas hermosa, ni mas amable. El amoroso desmayo que se le advertia en el rostro, el

espresivo descaecimiento con que ponderaba sus penas, y las afectuosas lágrimas que acompañaban á sus palabras, añadían un prodigioso lustre á su belleza, y abrían nuevas heridas en el enamorado corazón de Valdemaro. No quiso malograr el halagüeño hijo de Vénus ocasion tan oportuna. Al instante comenzó á dispararle algunas de aquellas flechas, que se hacen irresistibles aun á los espíritus mas fuertes, y habiéndole al interior, le dice: ¡Que especie de crueldad es esta! ¡Así dejas mo-

rir á Felisinda entre las penas que la afligen, cuando tú solo eres la causa de ellas? ¡Como tan presto olvidadas las máximas del encaecido Andrónico? Ni te dejas gobernar por la providencia, ni abres las entrañas á los clamores de los afligidos, como tantas veces te aconsejó él mismo. Filena probó, que la providencia te ha conducido á este parage; Felisinda clama, suspira y llora por el remedio que tú solo puedes darle; pero tú, llevado de tus ambiciosos deseos, desprecias las órdenes de la

providencia, y atropellas las leyes de la compasion. Mira, como insensiblemente te vas precisando tú mismo á egecutar maldades, no ménos enormes, que las que cometió tu hermano, por no hacer violencia á los asaltos furiosos de tu ambicion.

Ni pienses, que podrás disimularla con el especioso pretesto de la obligacion de socorrer al oprimido pueblo, ni á los desgraciados Andrónico y Ulrica-Leonor. Estos últimos no necesitan de ningun socorro, quando han acabado ya el curso

de sus cansadas vidas; y el pueblo, teniendo ya un rey que lo gobierna, en nada piensa ménos que en sacudir un yugo, que léjos de serle pesado, considera ya suave.

¡Infeliz y engañado joven! El crédito que ligeramente diste á las necias predicciones de Alberto, no te deja ver el abismo que se va abriendo para tu perdicion. Apoyado sobre tan débiles cimientos, pensabas que no faltarian guias seguras y manos hábiles para preservarte de todo lazo, y conducirte sin tro-

piezo hasta la eminencia del trono; pero mira cuan bien lo acredita lo sucedido. Sin la asistencia de Andrónico, sin la compañía de tu hermana, y sin mas consejero que tu corazon ambicioso, te ves reducido á la mas infeliz situacion; y cuando no quieras admitir la fortuna que te ofrece Felisinda, te verás obligado á obedecer á las perwersas máximas de la Desesperacion.

No, Valdemaro, no: busca tu seguridad en el dulce regazo de Felisinda: quédate á gozar las deli-

cias que te ofrece este pais agradable. ¿Por que atropellas la providencia? ¿por ceñir una corona que está enlazada de riesgos, cuidados, afanes y molestias? ¿por empuñar un cetro cercado de espinas? No te engañes á tí mismo: otra corona mas suave y otro cetro mas dulce te ofrece Felisinda. Sin mas cuidados que el de tu dulzura y tranquilidad, sin mas desvelos que los que exige el gusto de Felisinda y tu gusto propio, sin mas atencion que la que piden las ternezas de dos amantes,

podrás formarte un círculo de vida, en el que no haya nada de uniforme.

Esto sugirió el amor al afligido Valdemaro, y como si despertara entonces de un profundo sueño, le dijo á Felisinda: volved, señora, hácia mí vuestros amables ojos. ¿Acaso soy indigno de vuestro amor? ¿como apartais de mí la vista? ¿quereis con vuestros desvíos añadir nuevos rigores á las penas que sufro? Suspended, señora, el llanto, reprimid vuestros suspiros. ¿Quereis encender mas con ellos la amante

llama que me devora? Mi amor no necesita de incentivos: vuestra hermosura y gentileza, vuestras virtudes... no mas: baste deciros, que os amo. ¿Os admirais? Os amo; mal lo dije, os idolatro. Solo siento, señora... ¡Cruel destino! Envidia tiene ya mi triste corazón á los que nacióron libres: á los que, sin mas cuidado que el de su propio interes, pueden dejar que corra sin límites su libertad. ¡Cuan feliz seria, si hubiera yo nacido como ellos! ¡cuan libremente os entregaria mi mano y mi

corazon! En estas apacibles selvas... en este suntuoso palacio... Pero ¡vanos proyectos! Yo sujeto á obligaciones: yo... el clamor del oprimido pueblo, señora, las injusticias del intruso rey, la infeliz situacion de mi hermana, el desamparo de Andrónico... señora, Valdemaro os adora; quisiera que el destino... pero...

○ Sin poder proferir otra palabra, deja á Felisinda vacilando entre temores y esperanzas, y se retira á la estancia inmediata, impelido de un confuso tropel de cavilaciones. Hallábase su

corazon lo mismo que un bajel combatido de contrarios vientos, que ya se hunde hasta la arena, ya se eleva sobre las nubes, ya se inclina hácia un lado, ya se dobla hácia el otro. No podia mantenerse firme en ninguno de cuantos medios elegia: los que aprobaba en un instante, á breve rato los despreciaba, y los que le parecian útiles, se le antojaban impracticables. En esta confusion quedase dormido, y al momento se le presenta una imágen toda celestial. Sobre una nube que lleva

ba copiados todos los colores de que se viste la diosa Íris, baja un venerable y magestuoso personage. La gravedad apacible de su anciano rostro, el brillante golpe de luz que despedían sus ojos, el olor suave que exhalaba su cuerpo, y la inefable belleza de que estaba revestido, dejaron embriagado el espíritu de Valdemaro, y como embebido en un soberano éstasis.

No extraño que no me conozcas, le dijo. Tus ojos cubiertos de sombras, no son capaces de percibir lo que es puramente celestial.

Yo soy tu padre Heroldo, á quien tu necio hermano abrió, aunque con violencia, la puerta para entrar en la mansion eterna del descanso. La distancia infinita que media entre esta tierra infeliz y la patria dichosa en donde habito, no me ha impedido ver ni su sacrilega ambicion, ni los infortunios de Ulrica-Leonor, ni la tirana opresion del pueblo, ni tus desgracias. Todo lo he visto, y todo lo he visto con ojos serenos, porque en aquella mansion feliz, no puede haber cosa que

lleve mezcla de dolor. Si esto fuera posible, lo hubiera yo tenido mas de ver la ligereza de tu corazon, y la poca confianza en la providencia suprema, que de todos tus desastres. Semejante á una ligera caña que se dobla á cualquier impulso, te has dejado arrebatar sin discernimiento; pues si aun no sabes dirigirte á ti mismo, ¿como gobernarás tu pueblo? Si tienes tan poca firmeza, que te doblas á cualquier afecto, ¿como tendrás esfuerzo para sostener el peso de la monarquía? Y si no

tienes valor para sufrir tus desventuras, ¿como llevarás despues en tu seno las miserias de tus vasallos?

He aquí por que el cielo te va dilatando la posesion de un trono, que te pertenece de justicia. Tu brazo sobradamente débil no podrá mantener siempre recta la espada, y tu floja mano no podrá sostener la balanza sin titubear. El cielo te ama, y quiere por lo mismo, que ántes de colocarte en el trono, tengas prevenido un buen fondo de sabiduría y probidad, para poder gober-

nar al pueblo segun las leyes de la justicia: que reformes tu corazon para que puedan tus vasallos tener en él un modelo de virtud que imitar; y que arranques de raiz, ó á lo ménos que sujetes las pasiones que puedan perturbarte, para que no te engañes como hasta ahora en tus resoluciones.

¿De donde ha venido creer tan fácilmente, que la providencia te ha conducido á este pais, para que disfrutes los placeres que te ofrece Felisinda? ¿De donde creer con tanta

ligereza la fingida muerte de Andrónico y Ulrica-Leonor? ¿Te parece que el cielo puede faltar á sus promesas? ¿Como podría permitir, que despues de haber vencido tantos obstáculos, te dejases ahora enredar de los amantes lazos de Felisinda? ¿Sufriria que Felisinda obscureciera la gloria que te has adquirido hasta ahora? ¿Permitiria que abandonases á tu pueblo, que gime bajo el yugo del pérfido hermano, para que te unieras con el de un pasajero amor á Felisinda? ¿Como

podria permitirlo , cuando por decreto irrevocable está firmada la ruina de Cristerno , y la elevacion de Valdemaro ?

No , hijo mio , no : sacude el torpe letargo en que vives , y oye las quejas y clamores de tus vasallos. No les cierres los oidos , acude á socorrerlos y á restituirles la felicidad que Cristerno les ha usurpado. *Marcha luego , sin dejarte ver de Felisinda , corre al vecino bosque , vence la aspereza del mas elevado monte , dobla su cumbre , y encaminate á*

Stralsund , cuyos muros descubrirás de léjos. Allí encontrarás á Andrónico y á Ulrica-Leonor , proseguiréis juntos vuestra navegacion , se os ofrecerán nuevos trabajos ; pero sus estremos los coronará despues el gusto de verte en el trono para la felicidad de tu pueblo.

Esto dicho , despierta Valdemaro , y sin detenerse en averiguaciones , ni reflexionar sobre las circunstancias del sueño , parte ocultamente de palacio , y pone en egecucion quanto se le acaba de decir.

Felisinda, teniendo por sospechosa su tardanza, llama á las criadas, y les manda que lo hagan venir á su presencia. Obedecen al instante, buscan por todas las estancias de palacio, recorren el jardin, vuelven á su señora, y le dicen, que Valdemaro no parece. No basta el dolor de la herida, ni el descaecimiento de sus fuerzas para detenerla. Levántase mal arropada, busca por todo el palacio, y viendo que en ninguna parte halla vestigios de la prenda, por que muere, cae des-

mayada. Recóbrase á breve rato, abre flojamente sus tristes ojos, vuélvelos hácia todas partes, llama repetidas veces á su idolatrado Valdemaro, y no logrando mas respuesta que el silencio, atropella por entre los brazos que la detenian. Deja el palacio, y arrastrada de su ciega pasión, se embreña en el triste bosque, corre acá y allá desatinadamente, no atiende á los clamores de sus criados que la seguian de léjos, llama por su propio nombre á Valdemaro; pero Valdemaro no res-

ponde. Rompe desesperada las vendas de la herida, rasga con furia sus vestidos, esparce por el ayre los cabellos que arranca con ambas manos, sube con vacilantes pasos á la cumbre de un alto monte, y se precipita temerariamente.

En tanto Valdemaro, siguiendo su destino, se iba acercando á Stralsund.

LIBRO IX.

No hubo cosa alguna que pudiese impedir el paso á Valdemaro en el viage á Stralsund. Ni el sol le molestaba de dia, ni el frio le ofendia de noche. Los mas ásperos senderos le parecian suaves, fáciles los montes mas impracticables, el camino breve, el cansancio alivio. De esta suerte, ó fuese por el desahogo con que respiraba,

ponde. Rompe desesperada las vendas de la herida, rasga con furia sus vestidos, esparce por el ayre los cabellos que arranca con ambas manos, sube con vacilantes pasos á la cumbre de un alto monte, y se precipita temerariamente.

En tanto Valdemaro, siguiendo su destino, se iba acercando á Stralsund.

LIBRO IX.

No hubo cosa alguna que pudiese impedir el paso á Valdemaro en el viage á Stralsund. Ni el sol le molestaba de dia, ni el frio le ofendia de noche. Los mas ásperos senderos le parecian suaves, fáciles los montes mas impracticables, el camino breve, el cansancio alivio. De esta suerte, ó fuese por el desahogo con que respiraba,

viéndose libre de la tirana opresion en que lo tenían los amores de Felisinda, ó por el vehemente deseo que tenia de verse con Andrónico y su hermana, ó por disposicion de la providencia, llegó felizmente y en breve tiempo á la ciudad de Stralsund.

Al instante se encamina al puerto, y llega justamente cuando acababan de desembarcar Andrónico y Ulrica-Leonor, en compañía de Rosendo y Parimando, el capitan de la misma nave que habia perdido. Publican los ojos el

júbilo de tan feliz encuentro, y con repetidos abrazos declaran el regocijo que no podian espresar las lenguas.

Despues de haber buscado habitacion para los dias que habian de detenerse en aquella ciudad, y despues de haber dado todo desahogo á sus alegres afectos, se refirieron mutuamente sus aventuras. Andrónico contó el continuo sobresalto, en que lo tenia la tardanza de Valdemaro y de sus compañeros, cuando se desviaron del navío; el nuevo tor-

TOM. II. 12

mento que comenzó á martirizarles, cuando al amanecer se halláron en otro horizonte, sin que el viento les permitiera volver á la costa donde los habian dejado; el temor del precipicio de Valdemaro, viéndole abandonado á sí propio, sin ninguna mano hábil que pudiera desviarle de los peligros; y como finalmente, impelidos del viento, habian aportado en aquella ciudad, sin saber el destino que les guiaba.

Consecutivamente refirió Valdemaro lo que le sucedió en las fiestas que se

celebráron en la playa, el triunfo que habia ganado en los dos combates, la pérdida de sus compañeros, y cuanto le aconteció hasta llegar al palacio de Felisinda. Contó la tormenta de afectos, en que tantas veces habia peligrado su corazon; la capciosa astucia con que Filena le aseguraba la muerte de Andrónico y de Ulrica-Leonor; el volcan amante que en su pecho ardía por Felisinda; el riesgo de que la libró en el monte, ahogando entre sus brazos al feroz bruto; la resolucion

de desposarse con ella; el funesto acaso de herirla con el mismo golpe, con que queria darse á sí mismo la muerte; el alboroto de palacio, y su prision. No pasó por alto el mayor y mas inminente riesgo en que se habia visto, quando Felisinda, despues de haberlo hecho desencarcelar; le habló desde el lecho; ni tampoco dejó de decir, como se le habria entregado por esposo, si no se lo hubiera estorbado la aparicion de su padre Heroldo entre sueños. Finalmente contó su salida

de palacio sin verse con Felisinda, y el arribo á Stralsund.

¡Ah, querido Andrónico! exclamó inmediatamente. Nunca habia yo experimentado los efectos que causa la ciega pasion de amor. Imaginaba, que todo era dulzuras y placeres; pero he venido á conocer bien á costa mia, que no es sino disgustos y amarguras. Al principio me parecia ir caminando por un espacioso llano, guarnecido de flores y delicias; pero luego ví, que me iba introduciendo por una estre-

cha senda sembrada de espigas: volví la vista hácia atrás, y no ví camino para salir de ella; estaba ya cerrado el paso. Mi corazón se hallaba oprimido de angustias, ni alma no conocia las dulzuras de la tranquilidad, mis suspiros obscurecian el ayre por donde quiera que iba, y no podia poner el pie en parte alguna, sin que la regasen mis lágrimas. La noche que parece habia de dar alivio á mis congojas, las aumentaba estraordinariamente; y por la mañana, cuando la aurora co-

menzaba á dar nuevo esplendor á la tierra con su vista, me hallaba nuevamente cubierto de tristeza, y humedecido el lecho con mi llanto. ¡Que turbacion en lo interior! El entendimiento ya no tenia luz para conocer leyes, respetos ni obligaciones: Felisinda me dominaba. La valentía de sus palabras, la portentosa fuerza de sus expresiones, el dulce hechizo de sus lágrimas, y el magico atractivo de su belleza, me arrastraban por donde querian, y me hubieran finalmente enredado en sus

amantes lazos , á no haberme abierto los ojos aquel sueño feliz.

Pero lo que me atormentaba sin ponderacion mas que todo esto , era verme precisado á creer, que la providencia me habia conducido al pais agradable de Felisinda , para concluir mis dias á su abrigo ; y que , conforme á vuestras sabias máximas, debia yo rendir mi voluntad á la providencia, abandonando el cetro , ó , por decirlo mejor , no porfiando para empuñarlo, supuestamente que el cielo no me lo

habia de permitir. Parangonaba estas razones de Felisinda con las predicciones de Alberto, y no hallando conexion , no sabia que partido tomar. Luego me acudia á la memoria la vision que tuve en la tenebrosa cueva de Piromanto ; y la terrible muerte que habia de arrebatarme mi vida con la de mi hermana , me cerraba el paso para salir de la sombra de Felisinda. ¿ Que medio habia de elegir entónces ? Todo, conforme á vuestra doctrina , lo consideraba como efecto de la providencia , y

no pudiendo hallar modo de conciliar extremos tan opuestos, me ví reducido á darme la muerte, que era la única puerta que encontraba para salir de tanta confusion.

Si la providencia, me decia á mí mismo, gobierna todas las cosas, y todas las ordena siempre para nuestro bien, ¿ como podria permitir que se opusiesen á mi felicidad tantos obstáculos, como renacen á cada instante? ¿ tantas barreras que me disputan el paso? ¿ tantas dificultades, insuperables á mis

débiles fuerzas? ¿ Hubiera permitido acaso, ni el patricidio enorme que cometió Cristerno, ni la infamia con que obscureció mi honor, ni la desgraciada fuga que hize de palacio? ¿ Permitiria despues, que Piromanto me amedrentara con tan horrorosos espectros, hasta conducirme á la márgen del precipicio? ¿ que los vientos, los mares, los elementos todos se opusieran á mi destino? ¿ que Felisinda preparase tantos lazos para prenderme, y usase de todos los encantos de su hermosura

y discrecion para seducirme? ¿Permitiria en fin, que mi mano empuñase tantas veces el funesto hierro para matarme? ¿Que gloria puede resultarme de todas estas permisiones?

La misma, y aun sin comparacion mayor, respondió prontamente Andrónico, que la que le resulta á un soldado, quando rompiendo esforzadamente por entre las trincheras y parapetos de los contrarios, llega valeroso á fijar una bandera en lo mas alto de sus muros. La misma que le resulta á un piloto,

quando sabiendo contrastar los furiosos embates de una borrasca, llega tranquilamente al puerto. La providencia de Dios, como ya tantas veces os he dicho, asiste en todas las cosas, y todas las ordena para nuestra felicidad; pero ¿pensaréis que nos la querrá conceder, sin probar ántes nuestra paciencia con los repetidos golpes de los trabajos? ¿Nos querrá dar de valde, digámoslo así, una corona de infinito valor? No puede cogerse la rosa sin lastimarse la mano con las espinas; y

para que podamos llegar á la posesion del dia feliz, se hace preciso que pasemos por la tenebrosa noche de trabajos y contradicciones.

Pero mirad en esto mismo cuanto brilla la divina providencia, y cuanto bien procura ordenarlo todo para nuestra felicidad. Á medida de los trabajos, nos da esfuerzo para sufrirlos; y á proporcion de las tentaciones, nos da tambien auxilios para vencerlas. ¿Hubierais podido salir de la triste cárcel en que os encerró vuestro her-

mano, ni libraros de tantos peligros en que os habeis visto, si la mano de la providencia no os hubiera socorrido? Dios ha permitido, que os vierais muchas veces á pique de daros la muerte; pero ¿que secreta fuerza no habeis sentido siempre en lo interior, que os detenia el bárbaro impulso? Y aun cuando en el palacio de Felisinda parece que el acero iba á romper irremediabilmente el lazo de vuestra vida, permitió Dios que Felisinda recibiera la herida, para que con un

mismo golpe despertarais ambos del infeliz letargo en que viviais. ¡ Ah! Si Dios con su sabia providencia no empleara todos los acontecimientos de esta vida para nuestro bien, ¡ cuantas veces nos hubiéramos sepultado en el abismo de nuestra perpétua ruina! Aun aquellos accidentes que parece no tienen conexion alguna con nuestra felicidad, sirven las mas veces para que la logremos mas seguramente. El parricidio infame de Cristerno, abrió á vuestro padre la entrada para la

patria celestial, que habria tal vez hallado cerrada, si hubiera sido mas larga su vida. La infamia que os atribuyó, sirve para que os labreis una corona de gloria con el sufrimiento, y al mismo Cristerno sirve para hacerle conocer, de cuantas maldades es capaz un hombre que se abandona al torrente impetuoso de sus pasiones.

Apénas acabó Andrónico de proferir estas palabras, cuando Valdemaro despues de haber estado suspenso un largo espacio, dijo: he aqui por que el

cielo no me permite ceñir la corona de Dinamarca. Me dejo arrebatado sobrado de la corriente de mis pasiones; no tengo firmeza bastante para contrastarla; y mi corazón, semejante á una ligera hoja que arrebatada el viento, se deja llevar de cualquier accidente: ménos que no se engendre un nuevo corazón en mi pecho, no seré capaz de empuñar el cetro. Si ahora cuando están léjos de mí los graves cuidados que cercan al trono; si ahora que no tengo que cargar sobre mis hombros el peso de las ne-

cesidades, inquietudes y quejas de los vasallos; si ahora que no tengo que dirigir á nadie mas que á mí mismo, me hallo las mas veces sin acción, y sin saber que partido tomar; ¿que será despues, cuando me vea oprimido con el peso de la corona? Sin conocimiento del corazón humano, sin arte para evitar los riesgos de la precipitación, sin prudencia ni política bastante para mantener los intereses del estado, sin perspicacia para penetrar los secretos de los gabinetes, sin inte-

ligencia para examinar los motivos que deben abrir una guerra, y finalmente, sin mas caudal que un corazon sujeto á mil pasiones, que unos ojos cubiertos de sombras, y que un juicio corrompido, ¿como me atreveré á subir al trono, sin que al primer movimiento no vacile, y cayga en el precipicio?

En vano se me asegura, que mi elevacion al trono será la felicidad de mi pueblo; porque ¿como podré hacer felices á los extraños, cuando no puedo hacerme feliz á mí propio?

Por conseguir esta dicha, he padecido trabajos inmensos, he superado inmensas dificultades; pero de cada obstáculo que atropello, se levantan infinitos, mas incontrastables. Todo se opone á mis designios, y yo quiero atropellarlo todo: ¿que resultas podrá tener esta ciega porfia, sino la que logra el que se obstina en navegar contra la rápida corriente? ¡Ah! no conozco en mí ninguna de tantas admirables qualidades, como se requieren para empuñar el cetro; y ¿como podré porfiar en em-

puñarlo, cuando sé, que todos los pasos que se dan hácia una dignidad que no se merece, son otras tantas intrusiones escandalosas?

No, no quiero engañarme: esperiencia bien costosa tengo en mi hermano Cristerno, de lo que puede hacer un hombre que se deja llevar de su pasión dominante. ¿Deberé arriesgarme á mil necios desvarios, por seguir mis ideas ambiciosas? No, no quiero sacrificar mi quietud á mis deseos, que por mas disimulados que sean, no dejarán de tener anexo al-

gun resabio de ambicion. Reyne Cristerno en hora buena, que Valdemaro no quiere ocupar un puesto, en el que para mantenerse recto, se necesita un fondo de virtudes que yo no tengo todavía. Volvamos, amado Andrónico, á la isla de Alberto, ó á la deliciosa vega de Gésner; que mas aprecio la paz y sosiego que allí se goza, que toda la opulencia y fausto de la corona.

Ninguno pudo dejar de admirarse de este nuevo modo de pensar en Valdemaro; y tanto mas se admi-

raron , cuanto le habian visto ántes tan inexorable contra Cristerno , y tan empeñado en destronarlo: pero Andrónico , queriendo que Valdemaro fundase sobre las mismas razones que acababa de decir , todo el edificio de su seguridad , le dijo : nunca , mi querido Valdemaro , me habeis parecido mas digno del cetro , que cuando mas lo estais despreciando. Esas mismas reflexiones que sabiamente haceis , me obligan á creer , que conoceis harto bien los riesgos de que está enlazada la coro-

na , y consiguientemente , que sabréis evitarlos con destreza. Cualquiera que sabe prevenir los peligros , sabe tambien apercibirse para no tenerlos ; y el que conoce los precipicios de un camino , sabrá mejor que otro alguno , cautelarse para no caer en ellos.

Sé muy bien , que los afanes , fatigas , manejos , instancias , y las importunidades con que se solicita una dignidad , son pruebas incontestables del poco mérito del que las practica ; y por el contrario la resistencia á los ruegos y á

las instancias, y la negacion á las persuasiones y solicitudes, son argumentos del mérito que le acompaña. Mas no por esto debeis tener por intrusiones sacrílegas, como decís, los pasos que habeis dado para llegar al trono, porque nadie podrá culpar de delincuentes vuestros deseos, cuando se dirigen á lo que justamente podeis aceptar. Cuando no os perteneciera de justicia el trono de Dinamarca, podríamos decir, que son culpables los deseos, reprehensibles las solicitudes, y temerarias las di-

ligencias que habeis practicado hasta ahora; pero ¿que cosa podeis desear con mas equidad, que un cetro que se os debe de justicia? ¿que una corona que os han arrebatado sacrilegamente? ¿que un trono, que os han usurpado con tanta violencia?

No, amado Valdemaro, no: vos debeis proseguir animosamente vuestro viaje, y atropellar cuantas dificultades se os opongan, hasta veros en la eminencia del trono. Esperad en el poder del Señor, y no le provoqueis ya mas con

vuestras antiguas desconfianzas. Estad perfectamente persuadido, de que el espíritu de Dios, que no puede engañarnos, nos conduce por la mano, nos libra de los precipicios á que quieren arrastrarnos nuestras pasiones, nos levanta del suelo, cuando estamos mas descaídos, y nos da esfuerzo, para vencer las dificultades que se nos oponen. Y cuando vos mismo estais experimentando estas incontestables verdades, ¿podreis dudar que la providencia os preservará de todo lazo, hasta que

llegueis á la consecucion del justo fin á que aspirais?

Pero cuando el cielo me ponga el cetro en las manos y la corona en la cabeza, ¿que haré? preguntó Valdemaro. ¿Sabré acaso precaverme contra los hombres, que tienen tantos modos de disfrazar su ambicion? ¿como sabré desviar del trono á los perversos, y buscar á los sinceros y justos, cuando cada uno procura encubrir sus delitos con aparentes virtudes? ¿como sabré correr el velo de la hipocresía, con que ocultan sus ar-

tificios? Un corazón corrompido y lleno de hediondez, sabe vestirse de inocencia, para grangearse la benevolencia de los poderosos; una alma que exhala el hedor de los vicios que la infestan, sabe respirar los olores mas suaves de la virtud; y un hombre, vil y despreciable, sabe aparecer edificativo y lleno de piedad. ¿Que sagacidad no es menester, para penetrar tantos artificios?

Si tuviera la fortuna de rodear mi trono de hombres sinceros y fieles, no temeria inclinar mi ca-

beza para recibir la corona; pero ¿como pueden quedar hombres de bien en Dinamarca, cuando Cristero parece que formó el empeño de esterminarlos? En toda Dinamarca no quedará huella de virtud; la verdad habrá desertado de sus términos; la piedad se habrá retirado á los montes, y solo se verán entronizados el error y el vicio. Esta consideracion me acobarda demasiado, y me hace mirar con pavor un cetro, cuyos hechizos me arrebatában en otro tiempo.

Así como nunca suele ser tan impetuosa la furia de un torrente, respondió Andrónico, que en una ó en otra orilla no perdona alguna reliquia, para que levante la cabeza en medio de la ruina; así tampoco suele ser tan general la relajacion, que no se encuentren algunos hombres de probidad y de virtud. Por mas dominante que se halle la depravacion, por mas que la relajacion estiende su brazo corrupto, siempre hay algunos retirados que esconden hombres justos, y que no han in-

molado su entendimiento al error. No penseis pues, que en Dinamarca falten personajes que puedan servir de columnas firmes, para sostener el trono; y aun quando estos faltaren, veriais siempre triunfantes la verdad y las leyes que no pueden padecer corrupcion, y que son los únicos apoyos sobre que debe estribar el buen régimen de la monarquía.

No quiso Valdemaro replicar á Andrónico, porque en el discurso de su vida habia aprendido, bien á costa suya, quanto arriesga

cualquiera que se resiste á los consejos de un sabio, por seguir las máximas de un capricho; y sometiéndose á las disposiciones de Andrónico, y á los designios de la providencia, variaron la conversacion, y comenzaron á tratar sobre la continuacion de su viage.

No estuviéron ociosas en este tiempo las furias infernales. La Desesperacion, viendo malogrados los designios de Pluton, bate impaciente sus negras alas, atraviesa las lóbregas estancias del abismo, entra en el obscuro retrete

donde se esconden las demas furias, y les ruega que la acompañen á la presencia de su rey. Gustosas acuden á socorrerla, y vistiéndose de sus furores, dejan el tenebroso albergue, y se presentan ante el terrible solio.

¿Es posible, ó poderoso rey, le dice la Desesperacion, que jamas haya de venir á veros, sino para llorar agravios y presentaros quejas? Valdemaro burló los encantos de Felisinda, ha triunfado de ella haciéndola morir desastrosamente, y ahora corre

sin embarazo á colocarse sobre el trono de Dinamarca. Ya lo sabeis, no tengo necesidad de repetíroslo. Si es razon que triunfe de vos, y que haga burla de vuestro poder, vos lo debéis contemplar; que á mí desdichada, no me queda otro recurso que el de mi tormento. Sin embargo, si vuestra voluntad quiere por un breve tiempo sujetarse á la mia, os prometo y juro por vuestra amada Proserpina, que dentro del término de dos dias, el Miedo, la Temeridad y yo, pondrémos á vuestros pies

á Valdemaro, á Andrónico, á Ulrica-Leonor, y á cuantos intentaren atropellar vuestro honor, vuestro respeto y vuestras fuerzas.

No es justo, que os niegue peticion tan razonable, y en la que tanto interesa mi honor, respondió Pluton. Os doy mis facultades, para que de la tierra y del abismo, elijais cuantos instrumentos os parezcan á propósito, para lograr feliz éxito en vuestra empresa. Éolo mandará á vuestro arbitrio el inmenso número de vientos que tiene bajo su jurisdic-

cion; Neptuno mi hermano hará ensobrecer las ondas de los mares; y yo ¿que podré negaros, cuando se trata de mis intereses?

Apénas dijo, cuando con la misma velocidad que se disparan de la nube los rayos, para causar estragos hácia las cuatro partes del horizonte, partiéron del abismo las tres furias. El Miedo vuela á Stralsund, corre al puerto, entra en la nave, y aguarda oportunidad para introducirse en los corazones de Andrónico y Ulrica-Leonor. La Desesperacion y la Temeri-

dad, despues de haber prevenido á Éolo y á Neptuno, para que conspirasen con sus fuerzas al logro de sus proyectos, se pararan atentos junto al palo mayor de la nave, para insinuarse en Valdemaro, cuando les parezca conveniente.

No bien se hicieron á la vela con el designio de arribar á Suecia, y tomar las provisiones necesarias, para arrojarse sobre Cristiano y destronarlo, quando los desapiadados Éolo y Neptuno diéron libertad á los vientos y á los mares,

para que egerciesen sus fa-
rores al arbitrio de la De-
sesperacion.

Al instante retira el sol
sus luces, el cielo se cu-
bre de nubes, los rayos
cruzan con violencia por
la atmósfera, los truenos
infunden horror hasta en
las rocas, las ondas se en-
furecen, y la triste nave se
deja arrebatat por todas
partes, como si fuera for-
jada de ligero corcho. Re-
chinan las maromas, cru-
gen las tablas, ránganse
las velas, las jarcias se
destrozan, rómpense los
cables, y se estremece vio-

lentamente toda aquella vo-
luble máquina. Pierde el
tino el piloto, descaece el
capitan; desmayan los ma-
rineros, y el Miedo, que
nunca habia tenido entrada
en el ánimo de Andrónico,
se le apodera ahora, y lo
deja acobardado á un lado
de la nave junto á Ulrica-
Leonor, que temblando y
palpitándole el corazon en
el pecho, estaba para dar
el último aliento. La De-
sesperacion y la Temeridad
se introducen en el cora-
zon de Valdemaro, hácen-
le creer que su ánimo es
superior á los peligros que

le cercan, y que la desenfrenada tormenta que á todos intimida, no debe acobardarle. Esforzado con este nuevo engaño, corre temerariamente de una parte á otra de la nave, da y egerce á un mismo tiempo las órdenes, que ni podían egercer ni sabían dar los otros, y procura infundir valor en los acobardados; pero pensando encontrar con sus temerarias faenas la vida para todos, no halló sino la ruina para sí mismo. Una furiosa ola le arranca de la nave, y le sepulta en las aguas.

Con la misma velocidad que la cariñosa madre corre á sostener al hijo tierno, que vé caer en algun precipicio, así Ulrica-Leonor corrió hácia el borde de la nave, cuando vió caer en el mar á su desgraciado hermano. Andrónico y los circunstantes, á pesar del Miedo que les ocupaba, corren tras Ulrica-Leonor, pensando que iba tambien á precipitarse; cógenla por las faldas del vestido; cae de golpe sobre la cubierta, y queda desmayada. Rosendo se arroja intrépido á la mar, lucha con las embra-

vecidas ondas, se fatiga por salvar á Valdemaro; pero cansado en vano, se recoge otra vez á la nave. Cruza entónces Andrónico las manos sobre el pecho, clava sus tristes ojos en el cielo, y dice: ¡es posible lo que veo, Dios mio! ¡podeis por ventura faltar á vuestras promesas!... Sin poder proferir otra palabra, baja otra vez la cabeza, y comienza á bañar con sus lágrimas el rostro de la desmayada Ulrica-Leonor.

El capitan y los mas principales de la nave, no se hallaban ménos angus-

tiados que Andrónico. El afecto que dulcemente les habian robado las amables prendas de Valdemaro, y las no ménos recomendables de su hermana, les hacian sentir sobre toda ponderacion la desgracia del uno y la afliccion de la otra. Todos mezclaban sus lágrimas con las del dolorido Andrónico, y transportados en tan cruel congoja, parece que habian olvidado los peligros de la borrasca.

Esta es la única y desgraciada reliquia que nos queda del grande Heroldo, decía Andrónico, teniendo á

Ulrica-Leonor en sus brazos. ¡Heroldo amable! ¡y bien podeis mirar desde esa mansion feliz donde habitais, bien podeis mirar sin enterneceros, la desgraciada muerte de vuestro hijo Valdemaro, la grave angustia de esta hija vuestra que tengo recogida en mis ancianos brazos, y la afliccion acerba que me oprime! ¡y como no besan mil veces vuestros puros labios la peana del trono del Omnipotente, para implorar!... ¡Valdemaro infeliz! ¡desgraciado Valdemaro!... Mas ¿como el cielo no ha ester-

minado ya al infame Cristerno, causa de tantos desastres? ¡Dios mio! vive aun Cristerno, y ¿Valdemaro ya no existe? ¿Cristerno, el pérfido Cristerno?... Mas ¿adonde me arrebató el exceso de mi pasion? Señor, en vuestra presencia derramo mi alma: no se esconde á vuestros ojos la enorme angustia que me affige... ¡Ah, si yo pudiera trasladar mi vida al cuerpo yerto de Valdemaro! Valdemaro seria útil al pueblo, cuando yo no puedo servir mas que de embarazo. ¿Como no trocáis,

Señor, las suertes? Valdemaro, hijo mio, hijo mio Valdemaro... ¡Ay de mí! ¡cuan á poca costa... mi muerte sola?... pero, Señor, vos sois incomprendible en vuestros juicios; yo los adoro sumisamente... vos no podeis faltar á vuestras promesas.

De esta suerte procuraba dar Andrónico algun desahogo á su oprimido corazon; y el capitán viendo que calmaba la borrasca, mandó que colocasen á Ulrica-Leonor en un lecho, para que con ménos incomodidad pudieran apli-

carle remedios para restablecerla. Hiciéronlo en efecto, y los marineros comenzaron á poner en órden lo que habia desbaratado la borrasca.

Estando en estas faenas, viéron venir un poderosísimo navío con todas las velas tendidas, y habiendo llegado á distancia proporcionada, derribó las velas de repente, hizo señal para pedir atencion, y levantando la voz dijo el capitán: Ó vos, cualquiera que seais, comandante de ese navío, si acaso tenéis en vuestro poder, ó

TOM. II. 14

sabeis, en donde habitan dos personages tan decantados por sus desgracias, como ilustres por su linage, llamado el uno Valdemaro, y el otro Ulrica-Leonor, decídmelo, ó entregádmelos de buen grado, porque si no, será preciso hacérselos entregar por fuerza.

Quedó estraordinariamente sorprendido Parimando, al oír la arrogante demanda del extranjero. Pensó inmediatamente, que sería algun enviado de Cristerno, para prender á sus dos hermanos, como

varias veces habia oído decir; y no queriendo errar en la respuesta, mandó avisar á Andrónico, que estaba en la guarda de Ulrica-Leonor. Salió al instante, y despues de haber cumplimentado al capitán extranjero, le dijo: señor, si quereis hacernos el honor de pasaros á este, ya desde ahora vuestro navío, nosotros os lo agradecerémos como es justo, y vos podréis darnos señas mas individuales de esos personages que buscais; quizá os daremos noticia de su paradero. Admito vuestros

cortesés ofrecimientos, respondió el capitán extranjero, y quiera el cielo que podais hacerme nuncio de felices nuevas.

Pasó el recién llegado capitán al navío de Parimando, y habiéndose formado asamblea de los mas principales caballeros de ambos navíos, dijo: el abominable Cristerno, ese hijo desnaturalizado, que hizo víctima de su ambición á su padre Heroldo, que manchó la inocencia de su hermano Valdemaro con el negro atentado del parricidio, y le usurpó con

sacrílega violencia el trono que el cielo le tenia destinado, murió desastrosamente á sus mismas manos; él mismo se atravesó el infame pecho con su espada.

No fué poderoso Andrónico para reprimir las lágrimas, ni pudo dejar de esparcir por el ayre los suspiros que no era capaz de sufocar en el pecho. Arrebatado de un impulso irresistible, deja el asiento, levanta hácia el cielo su anciana cabeza, dirige acá y allá sus trémulos brazos, y esclama: ¡ justos cie-

los! ¿que angustia es esta!
 ¿Es posible lo que oigo?
 y ¿es posible que Valde-
 maro sea muerto? ¿Que!
 ¿es muerto Valdemaro? pre-
 guntó sobresaltado el capi-
 tan extranjero. Valdemaro
 es muerto, respondió An-
 drónico. ¡Infeliz Dinamar-
 ca! exclamó el extranjero.
 ¿Tanto tiempo hace que
 eres teatro de tragedias y
 desgracias! Lloraste inconsolable la muerte violenta
 de tu insigne Heroldo, ge-
 miste despues oprimida ba-
 jo el tirano yugo de Cris-
 terno; y cuando comenza-
 bas á respirar libre de tan

injusta opresion, cuando
 comenzabas á recobrar la
 antigua alegría con la es-
 peranza de ver ocupado tu
 trono por Valdemaro, el
 digno hijo de Heroldo; la
 muerte, la cruda muerte...
 pero ¿para que queremos
 ya nuestras vidas, ó mise-
 rables dinamarqueses, pro-
 rumpió con nuevo impetu
 volviéndose hácia los su-
 yos: ¿para que queremos
 nuestras vidas? Muramos,
 muramos todos á una: yo
 soy el primero que envaya-
 naré la noble espada en mi
 pecho... Si con nuestras vi-
 das, dijo Andrónico, asien-

dole por el brazo, pudiéramos recobrar la de Valdemaro, ya hubiera ofrecido yo la mia al duro hierro; pero nosotros, en vez de obligar al cielo con nuestras súplicas, no hacemos mas que irritarle con nuestras desordenadas resoluciones. No sentiréis vos tanto como yo la desgracia de Valdemaro, no; el capitán Lobdrock no compadecerá tanto la muerte de Valdemaro, como la compadece el desterrado Andrónico. ¿Que oygo? preguntó Lobdrock. ¿Andrónico! ¿vos sois Andrónico,

aquel sabio ministro, á quien tanto tiempo llora Dinamarca? Permitted, que os estreche entre mis brazos... ¡Ó, que feliz hallazgo! ¡que alegría, si no la acibarara la muerte de Valdemaro! y si es muerta su hermana Ulrica-Leonor... No es muerta, respondió Andrónico bañado en lágrimas; pero está casi sin vida en esta misma nave: todavía no la hemos podido restablecer del mortal desmayo, que le causó la muerte de su hermano... Pero ¿como es posible, que falte el cielo á sus

promesas? prosiguió con nueva fuerza. ¡Cuantas veces nos ha asegurado, que Cristerno caería del trono, que ocupaba con ignominia, y que Valdemaro entraría á poseerlo! ¡Alberto!... ¿con cuanta puntualidad hemos visto verificado lo que me vaticinó aquel inmortal anciano? ¿no se ha cumplido ya la ruina de Cristerno? pues ¿como deja ahora de cumplirse lo que mas interesaba á nuestro sosiego, y á la felicidad de Dinamarca? ¿es posible, que en esto solo se engañe Alberto, y nos falte

el cielo? no es posible. Yo lo estoy viendo, y no me atrevo á creerlo: el cielo es infalible.

Apénas dijo, cuando los del navío Dinamarques, llamando á su capitan, salieron diciendo á voces: señor, los remedios que mandasteis aplicar á ese mancebo que poco ha recogimos, han sido muy de provecho, pues ya comienza á dar señales de vida. Así como despues de una desenfrenada borrasca que todo lo ha puesto en desórden, comienzan los apacibles zéfiros á serenarlo

todo con sus dulces soplos, quedando las vecinas riberas en una suspension alegre; del mismo modo quedó el agitado corazón de Andrónico, cuando acabó de oír las nuevas de los marineros. Sin mas motivo que la confianza, que siempre tenia fija en las promesas del cielo, sintió renacer en su alma una alegría, rara vez experimentada, que le prometia felices sucesos, aun en medio de tantos desastres. ¡Gran Dios! exclamó. ¡Si será Valdemaro! ¿Que se anegó Valdemaro? preguntó

Lobdrock. Una inclemente ola, respondió Andrónico, le arrebató desde el borde del navío, poco ántes de ahora... ¿Que alegres esperanzas siento renacer en mi alma? ¿que dulce inquietud es esta, corazón mio? acudamos pronto, Lobdrock: desvanecemos nuestros temores, veamos que mancebo es ese... ¡Ah, Dios mio! haced que en este dia brillante mas que nunca, vuestra inescrutable providencia. Inmediatamente pasáron al otro navío Andronico, Parimando, Lobdrock y otros principales. Andróni-

co, regando con sus lágrimas la encanecida barba, y fijando tal vez los ojos en el cielo con la mas viva espresion, iba infundiendo nuevas esperanzas en sus compañeros; y apenas pusieron los pies en el navío, vieron tendido boca abajo sobre un lecho, á un mancebo que apenas podia respirar. Mirarlo atentamente Andrónico y Parimando, y como si un mismo espíritu les moviera los labios, exclamaron: ¡eterno Dios! ¡cuan infalibles son vuestras promesas! y diciendo esto, se abraza An-

drónico con el mancebo, bñale el rostro con sus alegres lágrimas, llámale repetidas veces con el dulce nombre de hijo, y tanto le estrecha entre sus brazos, que parece queria infundirle el mismo espíritu que le animaba. Valdemaro, hijo mio, le dice, hijo mio Valdemaro, ¿es posible que os vuelvo á recobrar? ¿que os aprieto contra mi anciano pecho?... Dinamarqueses, este es vuestro rey.

Como cuando una madre viuda y desconsolada recobra de improviso al

hijo único, que la cruel fortuna le había arrebatado en la flor de su edad, dulcemente enagenada, no sabe como espresar el contento que la inunda; del mismo modo, transportada la tripulación, no sabe como manifestar el golpe de alegría que sintió, viendo en el navío al mismo Valdemaro, que poco ántes lloraba sin consuelo. Unos arrojan al viento los sombreros, otros disparan la artillería, estos se encaraman por los palos á coronarlos de grímpolas y gallardetes, otros se zambu-

llen en el agua para desahogar su alegría, y todos por diferentes maneras, procuran manifestar el contento que les cabe.

Tan alegre estrépito acabó de infundir en el corazón de Valdemaro los espíritus que había perdido. Comienza á mover los brazos, abre los ojos, mira como estático á los circunstantes, y dice: ¿que es lo que veo! ¿vivo yo aun? ¿que nuevos semblantes son estos! Parimando... Andrónico... pero y ¿mi hermana? ¿que se ha hecho mi hermana? ¿vive?

Sí, dulce hijo mío, vive vuestra hermana, respondió Andrónico: ¿por ventura podía faltar el cielo á sus promesas? no era posible. Volved vuestros amables ojos hácia todas partes, y os veréis rodeado de vuestros fieles vasallos los venturosos dinamarqueses, que han venido solícitos á buscaros, viéndose libres del insufrible yugo de vuestro hermano, que miserablemente se dió la muerte.

¿Que escucho! ¿Cristerno es muerto? preguntó Valdemaro. Sostenedme, amado Andrónico, apoyad-

me sobre vuestros brazos... no es tan feliz esa nueva, como imagináis. ¡Infeliz hermano! digno eres por cierto de muerte tan desastrada, pero yo te compadezco. ¿Puedo dejar de sentir tu desgracia? No, no se ha extinguido todavía la dulce llama, que la naturaleza enciende en los corazones de dos hermanos. Cristerno, desgraciado Cristerno... ¡Ó gran Dios! ¿cuan miserable es el hombre, cuando le abandonais á la ceguedad de sus pasiones? ¿Que dias de horror y de tinieblas!...

Lamentad su desgracia, dinamarqueses, sentid que Cristerno se hubiese hecho digno de muerte tan desastrada.

Dicho esto, se reclina otra vez sobre el lecho, y da libre curso á sus lágrimas; pero acordándose al instante de su hermana, se levanta de improviso, y deseoso de ver la situación en que se hallaba, ordena pasar al navío de Parimando. Hállala desmayada todavía, tómalala en sus brazos, báñale el desfallecido rostro con sus lágrimas, y se restablece. Abre los ojos,

y viéndose en los brazos de su hermano, dice como quien acaba de despertar de un profundo sueño: ¡ay de mí! ¡que violencia! ¿estoy despierta ya? ¡que sueños tan funestos! Ahora poco hace, ó hermano, apenas me rendí al sueño, ví levantada una tan furiosa tormenta, que ni podían maniobrar los marineros, ni les quedaba esperanza de salvarse. Embravecióse por instantes, y subiendo las enfurecidas olas hasta la cubierta del navío, se os llevaron tras sí á sus abismos. Quíseme arrojar tam-

bien para morir en vuestra compañía, no lo consintieron estos caballeros, y me quedé oprimida de dolor tan vehemente, que aun ahora parece que lo estoy sufriendo en el alma; y me hubiera quitado la vida, á no despertar tan pronto, y ver que ha sido ilusion. Esta sencilla relacion de Ulrica-Leonor hizo correr lágrimas de alegría por los rostros de los circunstantes, viendo que tenia por ilusion lo que habia sido realidad.

Despues de esto, la informó Andrónico de todo

lo sucedido en Dinamarca, y le hizo saber, como el capitán Lobdrock habia llegado poco ántes con la noticia, juntamente con la comision para buscar á Valdemaro y conducirlo á Dinamarca, que ansiosa lo esperaba para ceñirle la corona. Pero queriendo Valdemaro saber los motivos de la funesta muerte de su hermano, rogó á Lobdrock que los refriese con puntualidad, como lo hizo inmediatamente en esta forma.

Ya sabeis como colocado Cristerno en el trono que usurpó con escandalosa

violencia, comenzó á trastornar el buen orden que habia en Dinamarca. Viéronse abatidos los hombres de probidad, ensalzados los infames aduladores, repartidos todos los cargos entre la gente de corrompidas costumbres, tratados con ignominia los personajes mas zelosos del reyno; en una palabra, se viéron desterrados los Andrónicos, los Hiarnes, y puestos en fuga los Gesneros, los Halleres y demas ministros, que sostenian con rectitud la corona sobre la cabeza del grande Heroldo.

¿Que felicidades podia prometerse el pueblo de un rey tiránicamente intruso, que no sabia estender la mano sino para oprimir? Todos aparecian temblando en su presencia, porque en vez de aquella magestad agradable que deben respirar los soberanos, se veian estampados sobre su frente el ceño y la fiereza: ni aun aquellos que lograban su privanza, tuvieron jamas la fortuna de verle sin sobrecejo.

La religion y la política, que inspiran benignidad para perdonar flaque-

zas, zelo para reprimir escándalos, y una sabia sagacidad para establecer un trono mas importante sobre los corazones de los vasallos, fuéron desterradas de palacio. El espíritu de justicia y de verdad, que es la brújula de los soberanos, huyó lejos del trono, y lo abandonáron la prudencia, la equidad, la dulzura y demas gracias que constituyen un príncipe agradable á Dios y á los hombres.

¿Como podria sufrir Dinamarca tan ahominable rey, cuando acababa de perder al amable Heroldo?

Dinamarca, que esperaba ver reemplazado por Valdemaro el trono que iba á desocupar sosegadamente su anciano padre, ¿como podria sufrir el tirano yugo de Cristerno? Dinamarca comenzó á pensar seriamente sobre su esclavitud, y observó á breve tiempo, que podia sacudirla sin dificultad, porque aquellos ministros aduladores, que él mismo habia elegido, se quejaban ya de su infelicidad. Enormemente oprimidos bajo el terror que les infundia una cabeza feroz, estaban resueltos á fo-

mentar cualquiera empresa facciosa, que pudiera conspirar á su ruina.

No tardó mucho á herir los oídos del rey el infausto eco de este sordo rumor, ni tardaron á atormentarle con mas crueldad los remordimientos de su conciencia. Aun mas que el bien fundado rezelo de alguna sublevacion, le atemorizaban su padre muerto y su hermano infamado. En vano doblaba las guardias, en vano estermínaba á los que mas temia, porque quanto mas escesos cometia su ferocidad, tanto

mayores eran los remordimientos que le despedazaban. Las guardias podian tal vez librarle de alguna tropelía del feroz vulgo, mas no calmar sus temores, ni desvanecer las horribles visiones que le espantaban. Ó fuese efecto de su dañada fantasía, ó fuese realidad, se dice que veia repetidas veces en el cielo sobre su mismo palacio, un horrible cometa con la figura de una espada, y que al mismo tiempo oia espantosas voces en el ayre, que le amenazaban con su ruina. Lo cierto es, que

el infeliz Cristerno, antes que experimentase ninguna rebeldía en sus vasallos, se pasó el infame pecho con su espada; y lanzó su abominable alma envuelta en la sangre que le salía por la herida.

Los dinamarqueses, viéndose libres de tan tirana opresion, comenzaron á respirar con desahogo; y sin pensar mas que en la feliz quietud que iban á recóbrar, salen ansiosos en busca de Valdemaró y de su hermana. Cada uno va por su parte, deseoso de ser el feliz descubridor, y pues

yo he tenido la fortuna de serlo, justo es que de nuevo lo publique.

Dijo: y haciendo la señal, comenzaron otra vez los marineros á disparar la artillería, y hacer otras demostraciones del contento que les inundaba. Luego se hicieron á la vela ambos navios, y en breve llegaron á Copenhague, donde fué recibido Valdemaró con general aplauso, y coronado después entre el alborozo y aclamaciones de toda Dinamarca.

FIN DEL SEGUNDO

Y ÚLTIMO TOMO.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL EST. OO DE NUEVO LEON

JUAN L

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

AL DE BIBLIOTECAS

®



Severina

Anna



DE NUEV
BIBLIOTE